

# LA CULTURA DE LOS PUEBLOS

Jesús Alfonso Gallego Moreno

Image not found.

# Capítulo 1

## **LA CULTURA DE LOS PUEBLOS**

Definición de pueblos indígenas (Stephen Corry):

Descendientes de quienes estaban en el lugar antes de la llegada de otros que ahora constituyen la sociedad mayoritaria y dominante. Se definen por:

1º/ Su ascendencia.

2º/ Rasgos particulares respecto a los que llegaron más tarde.

3º/ Visión que tienen de sí mismos.

Hace algún tiempo decidí abrir una ventana personal al mundo de internet a través de un blog. En ese momento me impuse como meta personal hablar de cultura general y valores humanos, desde una visión tranquila, relajada, que permitiera conocer todo lo bueno que el hombre puede haber aportado durante su desarrollo, tanto al mundo en el que vive como a sus propios congéneres.

Después de un tiempo de diferentes reflexiones sobre el particular, y queriendo iniciar una serie de relatos que tuvieran un nexo de unión y que sirvieran a todo aquél que se acercara a mi humilde rincón de la red para conocer todo lo que se había planteado en un primer momento, resolví hablar de los pueblos indígenas. Era un tema que me había atraído de joven, pero por los distintos vaivenes que tiene la vida, quedó aparcado.

Vi que podía ser interesante para el lector el conocer la diferente manera de pensar o de vivir de los distintos pueblos que habitan la tierra y que aún conservan parte de su cultura, sin que haya sido contaminada por las "delicias" del progreso. Y digo contaminada porque en líneas generales, ellos, los pueblos indígenas, han pagado en mayor o menor medida la factura del progreso y desarrollo de sus sociedades y, sobre todo, de las nuestras. Pongamos como ejemplo el oro. Aún en nuestro s. XXI, cerca del 90% de las industrias que comercian con el oro -es decir, que hacen que este preciado metal llegue a nuestras joyerías y nosotros lo podamos adquirir en forma de cadena, pulsera o anillo de pedida con el que queremos representar nuestros sentimientos más puros y sinceros- obtienen este producto a través de explotaciones auríferas cuyas condiciones laborales hacen que las personas que trabajan en ellas dejen literalmente trozos de su salud en esa labor. Como único detalle decir aquí que la sustancia que se utiliza en esos yacimientos para separar el oro del

resto de los materiales con los que se encuentra mezclado es azufre. Este azufre, en contacto con la piedra, se convierte en vapores tóxicos. Vapores tóxicos que son inhalados por los trabajadores. Es verdad que en una temporada de dos o tres meses pueden sacarse el sueldo de un año, y a un nivel de tres a cinco veces superior a cualquier otro trabajo que pudieran encontrar. Pero su "vida laboral" es corta y acaban indefectiblemente enfermos y abocados a una muerte prematura. Y una gran mayoría de estos trabajadores provienen de la población indígena de la zona.

Como este ejemplo ilustra, nuestra cercanía e influencia sobre el futuro, y más bien, sobre la vida de los pueblos indígenas, es mucho mayor de lo que en un primer momento pudiera pensarse. Por ello, creo importante el adentrarse en un viaje en que se recorrerán las costumbres, hábitos y, si fuera posible, pensamientos de estos hombres frente a la naturaleza que les rodea, frente a sus vidas y, nuevamente si ello fuera posible, frente al progreso y desarrollo que, por desgracia, suele presentarles la cara más amarga y menos amable del mismo.

Se tratará de un conjunto de relatos en los que intentaré reflejar los conocimientos actuales sobre los pueblos indígenas de los que hablemos, así como su situación actual respecto a los Estados-nación que los incluyen en sus fronteras territoriales.

Para documentarme sobre el particular, poseo una enciclopedia de aquellos tiempos de juventud en donde se describen las costumbres de estos pueblos desde un prisma de respeto y empatía que es el que yo quisiera dar a mis relatos. Pero consciente que desde entonces han pasado muchos años, más de treinta, y que no sólo los conocimientos y planteamientos habrán variado, sino que además, y vuelvo a decir por desgracia, la influencia negativa tanto desde el punto de vista de pérdida de costumbres ancestrales en aras de una dudosa "globalización", como del enfrentamiento directo contra estas comunidades, hace que la situación de estas poblaciones sea muy distinta actualmente a la de hace tres décadas.

Por ello, y ayudado por la época de internet, he buceado en páginas de organismos oficiales y organizaciones no gubernamentales (WHO, Survival, etc.) para intentar tener datos e historias actualizadas. En esta búsqueda por la red he encontrado una obra -"Pueblos indígenas para el mundo de mañana" de Stephen Corry- que ha hecho que cambie el punto de vista de estos relatos y que ha provocado un cambio en el prisma en que pretendían ser orientados en un primer momento. De simples relatos basados en las costumbres de pueblos que mantenían la característica paleolítica de cazadores-recolectores o neolítica de primeros agricultores, pasaban a ser relatos sobre pueblos indígenas en su sentido más auténtico. ¿Cuál es ese sentido? Consiste simplemente en darse cuenta que estos pueblos, aunque conserven las formas de vida de cazador-

recolector o de agricultor de los tiempos prehistóricos, eso no significa que sean primitivos, atrasados o se hayan quedado a un lado en la evolución y desarrollo humanos. Simplemente significa que aquellos que han querido, y les han dejado, conservar sus costumbres ancestrales las han elegido en contraposición de la forma de vida "civilizada" del resto del mundo. El tiempo histórico también ha transcurrido para ellos y también han sufrido una evolución, como muestra la intervención de los líderes indígenas en aquellos foros nacionales e internacionales donde les han permitido expresar sus ideas, opiniones y sentimientos.

De ahí que en estos relatos haya decidido incluir un punto de vista más actual no sólo en los datos demográficos o antropológicos, sino también en su situación actual y su posicionamiento frente al progreso y desarrollo de los estados en los que están incluidos sus territorios. Por ello, creo que la definición con la que abría esta presentación, que se encuentra en el texto referido anteriormente, y cuya autoría es de Stephen Corry, es la más adecuada para definir las distintas comunidades humanas sobre las que vamos a intentar un acercamiento desde los puntos de vista a que nos hemos referido anteriormente. Y vaya desde aquí mi agradecimiento a este autor por haber aumentado mi visión sobre los pueblos indígenas, así como por haberme hecho entender aspectos de la dignidad humana que están por encima de las premisas del progreso, pues éste último surge de la humanidad y no al revés.

## EL PUEBLO SAM

La primera vez que tuve conocimiento del pueblo bosquimano fue en mi infancia. En mis manos cayó una revista para niños, llamada "Aguiluchos", que contaba historias de África, de sus pueblos, y de unos misioneros, concretamente, los Combonianos, que dedicaban su vida a evangelizar a la gente de África. Y junto al Evangelio, se ocupaban de hacer prosperar las comunidades y de defender sus derechos frente a los explotadores, ya fueran autoridades locales o representantes de las potencias colonizadoras cuya única meta era lucrarse y asegurarse un cómodo retiro en las metrópolis de donde provenían.

Los sam, o bosquimanos, "bushmen" (hombres de bosque, de maleza) como les llamaban los colonos ingleses, los descubrí, como decía antes, en uno de los reportajes de Aguiluchos. Se trataba de un grupo humano que vivía en una de las zonas más extremas del planeta, en el desierto del Kalahari.

¿Y dónde está el Kalahari? El Kalahari es un desierto que ocupa gran parte del territorio de dos países vecinos del sur de África, Bostwana y Namibia. Se trata de un desierto arbustivo. ¿Una contradicción? No, en absoluto. Es una de las zonas más desoladas y con menos recursos para la vida del ser humano, sólo superado quizá por algunas zonas del Sáhara y del desierto de Taklamakán, en China. Así me lo presentaba el reportaje. Cuando más

adelante fui recopilando más datos sobre el Kalahari, descubrí que se trataba de una sabana semidesértica, repleta de arbustos espinosos, con algún baobab salpicando el paisaje de vez en cuando. Durante la estación seca, la temperatura puede alcanzar los 50°C, y la sequía es extrema. La estación de las lluvias, que da algo de respiro al ambiente, va de finales de agosto a diciembre.

Sin embargo, el reportaje me describía a los sam, o bosquimanos, como seres míticos. Se trataba de hombres menudos, no muy altos, enjutos, el rostro aplanado, con ojos rasgados, párpados ligeramente hinchados que le dan a su mirada una intensidad difícil de encontrar, y con un pelo rizado y corto que cubre una cabeza redondeada. Pero si la descripción del aspecto nos dejaba en la imaginación la figura de un ser mítico, más aún se intensificaba esa imagen cuando se describía sus enormes facultades físicas y su sabiduría.

Los sam eran cazadores-recolectores. Sabían extraer el veneno de unos coleópteros, de unas especies de escarabajos, que era muy potente y sabían untarlo adecuadamente en la punta de sus flechas. Cazaban con arco y flechas. Se acercaban lo más posible a su presa, que podía ser un óryx u otro tipo de antílope, y disparaban su flecha que iba a clavarse en el cuerpo del animal. No importaba dónde. Y no importaba porque ahora venía el lance de caza que más asombro me producía, y me sigue produciendo al día de hoy.

Comenzaba la persecución del antílope. No importaba la velocidad del mismo. El sam, mediante los rastros de sangre y las huellas que dejaba el animal, lo perseguía. Y se ponía a correr tras de él como un fondista, como un atleta de maratón. Sólo que, a diferencia del maratoniano, que recorre 42 km en tres, cuatro o cinco horas, el sam, el bosquimano, era capaz de recorrer el doble o el triple de esa distancia y mantener el ritmo de la persecución 24 o 48 horas. Mantener el ritmo de la persecución el tiempo necesario para que el veneno se distribuya por el torrente sanguíneo del animal, produzca su efecto ponzoñoso, y caiga agotado. Agotado por el efecto del veneno, y agotado por la gran resistencia y persistencia de un ser cinco o seis veces más pequeño que él, y que ha sido capaz de derrotarle en esa gran carrera que ocurre, y ocurría, todos los días en el planeta Tierra: la carrera por la supervivencia, la carrera por la Vida.

Nos quedamos con esta imagen, la de un hombre menudo, enjuto, que armado únicamente de un arco y unas flechas, es capaz de abatir a uno de los seres, uno de los antílopes, más poderosos del lugar donde vive, de su hábitat.

EL CHOQUE DE DOS CULTURAS

El origen del pueblo bosquimano se encuentra en una zona africana muy distinta de la que ocupan actualmente. En su origen estaban distribuidos en distintas tribus que se encontraban situadas alrededor del lago Tanganica.

Este lago, situado en la zona del Rift de África Oriental les proporcionaba todo tipo de recursos, vegetales y animales. Eran tres tribus principales, los Hadzapis, los Tindigas, y los Hotentotes. Estos últimos son nómadas y ganaderos, y actualmente no alcanzan las 30.000 personas. Su modo de supervivencia era la caza y la recolección.

Al ser distintas tribus, tenían distintas lenguas, el Aven, el Narón, el Heikung, y el Kung. Sin embargo, se vieron obligados a emigrar hacia el sur por el empuje de otro tipo étnico, de otra raza humana, los bantúes, que acabarían imponiendo su hegemonía. A pesar de ellos, hasta el siglo XVII hallaron refugio en el cono sur de África, toda la zona que hoy ocupan Namibia, Bostwana, Zimbabue, Mozambique y Sudáfrica estaba ocupada por ellos. Y digo hasta el siglo XVII, porque en esas fechas se produjo un acontecimiento que cambiaría su vida por completo, y que, por supuesto la empeoraría: la llegada del hombre blanco.

Este hombre blanco provenía en principio de Holanda, de los Países Bajos. En un primer momento se asentó en la zona de la actual Ciudad del Cabo. Era una parada comercial, rumbo a las Indias Orientales, donde estaba el auténtico comercio de los Países Bajos. Pero la población en Ciudad del Cabo fue desarrollándose. Esta ciudad, instalada frente al cabo de las Tormentas, posteriormente conocido como cabo de Buena Esperanza, fue adquiriendo importancia, sus colonos fueron multiplicándose tanto por la llegada de nuevos individuos procedentes de la metrópoli, como de los nacimientos. Y comenzó el avance hacia las tierras del interior. Tierras que poseían un clima benigno, con una gran cantidad de recursos, y en donde el asentamiento del europeo prometía ser parecido a lo que se podría llamar "tierra prometida". Y se produjo el enfrentamiento.

Los sam se encontraron con un ser superior técnicamente, superior en agresividad, y que entendía que la tierra le había sido "legada" a él. Y que tenía derecho a expulsar de "sus" tierras a cualquiera, fuera hombre o animal, que le quisiera disputar la posesión de las mismas. Y aquí nace el acontecimiento que narra Sir Laurens Van der Post en su libro "El corazón del cazador".

El enfrentamiento de dos culturas, una de ella asociada a la tierra, que tiene a la tierra como compañera de vida, que está adaptada a la misma. Otra cultura, que usa la tierra, saca el máximo provecho de ella, y cuando no le sirve porque ha esquilado todos sus recursos abandona el terreno baldío y se dirige a otro lugar, a otra "tierra prometida". Pero éste episodio nos permite apreciar la sensibilidad, la poesía de la cultura sam. Su relato sobre el origen de la vida es un cántico al universo. El

pensamiento del hombre sam no se queda en lo inmediato, los frutos, las piezas de caza, o sus semejantes. El sam comprende que todos formamos parte de un universo y que todos tenemos un origen común.

Cuando el pastor protestante, con una Biblia en su mano izquierda y un rifle en su mano derecha, oyó el relato del sam; cuando lo mostró a sus convecinos para demostrarles la superioridad de la cultura del hombre blanco sobre esa criatura a la que se negaba a reconocer como perteneciente a la misma especie, a la que le negaba su dignidad como hombre, quiso con ello reafirmar su derecho a dominar la tierra, a poseer la tierra. Y en este arrebatado de, ojalá hubiera sido locura; en este arrebatado de pasión fanática de sus propias creencias, acabó condenando a la hoguera al pobre chamán sam, al pobre chamán bosquimano, que le había relatado, con toda la humildad y con toda la sencillez del hombre que se sabe compañero, y no dueño, de la tierra, el origen de la vida según las creencias de este pueblo del que estamos hablando. Ese relato del origen de la vida, por el cual perdió la vida el chamán sam es el que sigue.

"Según dicen nuestros mayores, antes de que hubiera animales que corrieran por las praderas, antes de que hubiera plantas que cubrieran el suelo, no había nada más que dos cosas: la luz y el agua, el sol y el mar. Un día la luz se enamoró del agua, el sol se enamoró del mar. Y tuvieron lugar las más felices, profundas y placenteras bodas que hayan ocurrido jamás. Los rayos del sol, como el miembro viril de un gran dios, penetraron en el lecho de las aguas. Y de aquellas bodas surgió la vida, que somos todos nosotros."

Ante aquel relato, el pastor protestante condenó al chamán bosquimano a ser quemado vivo. Para él, hombre civilizado, proveniente de otras tierras, la lujuria envolvía todo el relato del chamán y de ese ser que, según sus creencias, era inferior y no merecía ni siquiera el don de la vida. Pero poco sabía ese pastor protestante que realmente la vida en nuestro planeta Tierra surgió en el seno de las aguas. Y menos aún que la gran energía del sol, de los rayos del astro rey, era la responsable del desarrollo y dispersión de la vida a lo ancho y lo largo de nuestro planeta. Por eso cabría preguntarse ¿por qué el chamán bosquimano, el culturalmente retrasado según el criterio europeo de entonces, sí lo sabía? ¿De dónde le venía esa creencia, esa "sabiduría" que haría que su vida acabara a las manos de otro semejante, pero de miles de kilómetros de distancia? No. No hay que buscar mensajes de fuera de la tierra. La unión del pueblo sam con la tierra, así como la de los distintos pueblos indígenas; la identificación del chamán, que en los pueblos indígenas es el depositario de la tradición; la "sabiduría" natural del hombre que pasa su vida en contacto directo con la naturaleza le lleva a pensar que realmente el origen de la vida debió ser la conjunción de distintos fenómenos de la propia Tierra que sustenta al hombre y del propio Sol que suministra a la

Tierra la energía necesaria para que se desarrolle el milagro de la vida.

## LA REDACCIÓN DE LA NIÑA SAM

La maestra de la escuela a dónde voy me ha pedido que escriba un relato de lo que he vivido junto a mi grupo, junto a mi familia. No sé por dónde empezar. Tampoco sé concretamente lo que quiere. He llevado una vida tan sencilla hasta llegar al internado. Bueno. Allá va.

Nací en uno de los últimos grupos Sam que existen, en mitad del desierto del Kalahari. Cuando crecí mi madre me contó que estábamos en una reserva. Yo no comprendía. Mi madre me explicó que era una gran extensión de terreno. Mucho más grande del que yo podía abarcar con la vista. Y que estaba hecha para evitar que los animales se acabaran. "¿Se acabaran? ¡Pero si hay multitud!" pensé entonces. Más adelante conocí a los otros hombres. Primero los guardas de la reserva. Venían y hablaban con el chamán del grupo. Él sabía todo lo que había que saber para vivir. Después unos grupos de hombres y mujeres extraños, muy pálidos, y que tenían unos instrumentos que al apretar un lado de ellos, salía una pintura pequeña; yo tengo algunas que me enviaron. Luego conocí que se llamaban cámaras y servían para parar y guardar el momento. Y por fin, vinieron otros hombres y mujeres que hablaron con mi madre y mi padre, y les convencieron para que viniera aquí. Recuerdo la mirada de tristeza de mi abuela cuando me alejé del grupo montada en uno de sus coches, rumbo al internado, abandonando la que había sido mi vida hasta ese momento.

¿Qué cómo había sido mi vida? Ahora os lo cuento.

Formaba parte de un grupo que no solía quedarse quieto en un sitio. Recorriamos toda la extensión del Kalahari. Nos guiaba nuestro anciano más sabio. Los blancos suelen llamar a esta figura chamán. Él sabe dónde se encuentran los pozos de agua, las mejores zonas de caza, dónde se pueden encontrar los panales de miel. En resumen, el mejor guía para nuestro grupo. En invierno nos indicaba las mejores zonas dónde acampar. Porque en invierno la temperatura del Kalahari baja mucho, por debajo de los cero grados. Y nos construimos refugios de palos y ramas, para que el calor de la fogata que hacemos en el centro no se disipe y nos mantenga calientes durante la noche. El resto del año es mucho mejor. Podemos estar durmiendo allí dónde nos pilla la noche. Para eso hacemos cada uno de nosotros un hoyo en el suelo, al lado de la fogata y nos cubrimos con una capa de piel. Es sensación agradable, el contacto con la arena. Te acuna. Te hace sentir parte de ella. Sientes que formas parte de todo lo que te rodea. Y así pasas la noche.

-¡Vamos, perezosa!

Es mi abuela que me despierta. Mantengo la sensación de adormecimiento durante un ratito, y luego me pongo a mirar a mi abuela. Está preparando sus utensilios. Entre ellos, el que más me llama la atención es un huevo grande, con un agujero en dónde va metiendo los frutos que encuentra en sus largas caminatas. Estos los llamamos "ga" y "bi". Ésta última es una raíz. Para nosotros supone un manjar. Aquí, en la escuela del internado, he aprendido que se trata de raíces, tubérculos, pepinos y melones silvestres. Mi abuela está casi preparada, así que me levanto, me aseo y me dirijo a ella.

-¿Dónde vamos hoy?

-¿Te gustaría ver un avestruz? –me responde.

-¡Me encantaría! –son unas de las aves que más me gustan. Su porte desgarrado desaparece cuando comienzan a correr por la sabana.

-Pues hoy iremos en busca de nidos. Ya es hora de que tengas tu propio huevo de avestruz.

-¿De verdad?

-Sí.

Y así iniciamos el recorrido de ese día. Podíamos estar todo el día andando de un lugar a otro. En el internado me dijeron que en esos paseos llegábamos a recorrer veinte kilómetros. En esa época yo no era consciente de la cantidad de distancia que andábamos. Sólo que pasábamos el día buscando frutos, lagartijas, huevos de ave o crías. Cuando mi abuela consideraba que ya tenía suficiente volvíamos a donde estaba el grupo.

Si en nuestro recorrido nos topábamos con otro grupo de sam, nos saludábamos con gran alegría. En las condiciones duras del desierto, siempre es agradable encontrar a otros como tú. A veces, nos juntábamos con otro grupo durante unos días. Entonces repartíamos por igual los resultados de nuestras correrías y de la caza de los hombres. Como si fuéramos un solo grupo. Cooperamos entre nosotros para salir adelante. Al llegar al internado, me enteré que esta conducta no es muy común entre los hombres de otros pueblos. Suelen pelear de forma frecuente. Y me han contado que hay enfrentamientos entre multitud de hombres, formando grandes grupos, cuyo objetivo es matar al mayor número de hombres que hay enfrente y que el que lo consigue, gana. Son las guerras. A nosotros no se nos ocurriría algo así. Ya es suficientemente complicada la vida en el desierto, como para que nosotros la compliquemos más. Me dicen que es debido a que unos quieren tener lo que tienen los otros, y estos otros no quieren dárselo. Es curioso, hasta llegar al internado no entendí que las cosas que tenía eran propias mías.

Hasta entonces yo entendía que tenía algo para que lo usara todo el grupo, aunque yo lo guardara. Pero parece que esa no es la forma en que se piensa fuera del Kalahari.

Ese día, a la vuelta de la recolección, mi madre nos tenía que dar una gran noticia. Mi hermana mayor había alcanzado la pubertad. Y en unas semanas realizaría la "danza del antílope", siendo reconocida desde ese momento como mujer por el resto del grupo. Había avanzado un escalón más en su crecimiento, y ahora podría comportarse como una adulta. Se relacionaría de tú a tú con el resto de los mayores del grupo. Podría tomar decisiones propias. También podría ver a los hombres de otra manera, y un buen día casarse, tener hijos y cuidarlos, como había hecho mi madre con nosotras. Pero todo ocurrió más rápido de lo que yo me había imaginado.

Tras la "danza del antílope", mi hermana, junto con sus amigas, comenzaron los paseos de recolección por sí mismas. Yo continuaba con mi abuela y su grupo. Me gustaba aprender mucho. Mi abuela y sus amigas eran la mejor fuente de conocimientos. No solamente para encontrar frutos, raíces, huevos u otras cosas; sino, sobre todo, para evitar encuentros peliagudos con leones, chacales o hienas. Aunque los hombres son los que tienen mayor probabilidad de encontrarlos, pues van detrás de las mismas piezas, eso no quita que en nuestros paseos nos podamos encontrar con alguna de estas fieras. De ellas, la que más temor me dan son las hienas. Los leones suelen huir al distinguir nuestro olor y, a no ser que algo se lo impida, prefieren no cruzarse con nosotros. Los chacales son asustadizos por naturaleza, al lanzarles unas cuantas piedras salen corriendo y se retiran. Pero las hienas no. Son animales muy cabezones, físicamente y de comportamiento, y si creen que van a sacar tajada te siguen a dónde quiera que vayas, aunque sea muy lejos. He oído a los hombres muchas historias de sus lances de caza. Con los leones en ocasiones se atreven a intentar quitarles la presa. Sobre todo si se trata de un león solitario. Pero con las hienas no. Siempre van en manadas, y por las que se dejan ver, hay otras tantas escondidas en las cercanías expectantes, preparadas para intervenir cuando les corresponda. Por ello, si los hombres ven que su presa ha sido descubierta por una jauría de hienas, suelen retirarse sin reclamarla. Tienen un mordisco muy fuerte, que puede partir incluso los huesos. Son unos bichos de cuidado.

Al poco tiempo de la "danza del antílope", mi hermana habló con mi madre y mi padre. En sus andanzas con sus amigas recogiendo frutos se habían cruzado varias veces con un grupo vecino. Allí había un chico que le interesaba. Habían intimado y ahora mi hermana les estaba comunicando la intención de casarse. Mis padres se sorprendieron de la noticia, pero mi hermana estaba decidida. Entre los sam, un hombre puede tener dos esposas. Pero éste no era el caso. Se trataba de un

hombre joven, que se había iniciado hace poco en la vida adulta.

Al observar la decisión de su hija, mis padres aceptaron que se celebrara el enlace. Los días siguientes fueron muy atareados, pero llenos de alegría. Los dos grupos se encontraron y resultó que eran viejos conocidos. Se habían ayudado multitud de veces y habían compartido aventuras, enseres, alimentos. Los padres del novio y los míos se felicitaron por la elección que habían tenido ambos jóvenes. Y entre estas cosas y otras pasó el tiempo hasta que llegó el día de la unión, de la boda. Aquí, en el internado, me han contado que las celebraciones en otros pueblos son más o menos complicadas, que conlleva muchos y distintos actos. Incluso que en algunos lugares se unen para toda la vida. En los sam no es necesariamente así. Tanto el hombre como la mujer pueden separarse sin problemas. A esto lo llaman en otras culturas "divorcio libre". Simplemente no se entienden y dejan de estar juntos, así de simple. Pero bueno, me estoy desviando de mi relato.

El día de la boda amanece temprano para las dos madres de la pareja. Juntos, colaborando, tienen que construir el primer refugio de la pareja. Aquél del que hablaba al comentar como se pasaba el invierno. Con palos y ramas construyen un refugio redondeado para los novios. Les llevó casi toda la mañana, porque tanto una como otra querían que quedase lo mejor posible. Una vez que estuvo construido, se reunieron los dos grupos, pues venía en estos momentos la parte más importante de la celebración.

Cada una de las familias trajo ascuas de sus hogueras respectivas. Y con ellas, las madres hicieron el primer fuego del primer hogar de la pareja. Con esto se quiere simbolizar que mi hermana y su novio forman un nuevo hogar, que surge de las dos familias, pero que es un hogar nuevo y distinto. A mí me lo explicó mi abuela, y me emocionó mucho. Un nuevo fuego a partir de las brasas de dos hogares distintos. Un símbolo precioso.

Por fin llegó nuestra parte de la celebración. Era la más sencilla. Junto con mis otros hermanos y amigos y amigas, tanto del novio como de la novia, trajimos a la pareja al refugio para que pasaran su primera noche de casados juntos. Allí los dejamos, y nos fuimos dónde el resto de la gente estaba cantando y bailando, celebrando el acontecimiento. Fue un día muy feliz para todos.

Bueno, he escrito tanto que espero que la maestra quede contenta. Creo haberle resumido bastante bien mi vida con mi familia antes del internado. Ya me lo contará cuando la lea.

LA INICIACIÓN DE NKOSI

Nkosi estaba nervioso. El antílope eland estaba frente a él. Era un magnífico ejemplar. Superaba con creces la media tonelada. Nkosi miró su flecha, armada en el arco que le había ayudado a construir su padre, y que tantas veces le había permitido clavar acertadamente la presa que perseguían. Primero presas menores. Pájaros, lagartijas, dik-diks, que eran pequeños antílopes del tamaño de un conejo. Pocas veces había fallado. De hecho, era uno de los jóvenes con mejor puntería del grupo al que pertenecía. Después vino el uso del veneno. Nkosi aún se acordaba de la primera vez que vio cómo se extraía el veneno de la larva de un escarabajo, más bien de la crisálida. La crisálida era la fase de la vida del insecto en la cual se encerraba en una especie de coraza o piel y dormitaba hasta que la larva se convertía en escarabajo. Su padre se lo había contado cuándo Nkosi le descubrió aplastando dichas larvas.

-¡Padre! ¿Qué estás haciendo? –preguntó Nkosi mientras miraba fijamente como su padre, en el fondo de una escudilla, aplastaba ayudándose de un palo como unas criaturas redondeadas. Su padre levantó la cabeza.

-Te preparo el material para el siguiente paso en tu crecimiento. Ven. Acércate.

-¿Qué es?

-Se trata de las bubas del escarabajo que te enseñé ayer. ¿Te acuerdas?

-Sí. –respondió Nkosi sin dejar de mirar la labor de su padre. Poco a poco el fondo de la escudilla se iba llenando de una sustancia pastosa.

-Pues bien, debes aplastarlas y removerlas una y otra vez hasta que quede un unte como el que está quedando ahora. –el padre de Nkosi sonrió al ver cómo la sustancia del fondo iba quedando homogénea y adquiriría el carácter untuoso que buscaba.

-¿Para qué? ¿Es una pintura? ¿Un remedio para algo?

Su padre sonrió nuevamente y, mirándole a los ojos, le dijo:

-No, Nkosi. Es veneno. Sirve para matar.

Nkosi se quedó sorprendido.

-¿Para matar? –preguntó.

-Sí, Nkosi. Esta sustancia la debes untar en la punta de tus flechas. Una vez que las dis pares y se claven en el animal, éste morirá. No importa lo grande que sea. Tardará más, tardará menos. Pero morirá. Lo único que tendrás que hacer será seguir su rastro hasta encontrar el cadáver. Y cuando lo encuentres lo podrás disfrutar con todo tu grupo. El veneno no

pasa a la carne. Podrás comer tan tranquilo de él.

-¡Es estupendo! ¡Ningún animal se me resistirá! –exclamó Nkosi con una amplia sonrisa.

Su padre volvió la cabeza y le miró. Era la mirada severa que le dirigía cuando había hecho alguna travesura. El muchacho comprendió que había algo más. Su padre le dijo:

-Cuidado, Nkosi. El poder de esta sustancia puede matar a cualquiera de nosotros. No duraríamos nada si entrara en nuestra sangre. Debes utilizarla única y exclusivamente –subrayó estas dos últimas palabras– para los animales. Nunca para cualquier otro sam.

La expresión de su padre era seria. Nkosi sabía que no sólo le estaba transmitiendo un conocimiento. Le estaba transmitiendo una responsabilidad. Una gran responsabilidad.

Nkosi recordaba este episodio conforme se acercaba, agachado, procurando disminuir la distancia que existía entre él y el joven eland. El resto del grupo se había ido distribuyendo, tal como era la costumbre, en semicírculo alrededor del animal. La comunicación entre ellos se hacía por gestos. Su habilidad era tal que mediante la mímica se podrían transmitir unos a otros la especie de antílope que habían visto; su número; incluso su localización. Así era que mediante mímica, su padre le había comentado la aparición del eland, el mayor antílope que podían encontrar en toda esa tierra. Para su iniciación, para su entrada en la vida adulta, sería una gran presa.

Con ella podría alimentar al grupo durante semanas. No sólo obtendrían carne, que podrían consumir fresca o después de un proceso de secado que haría que sirviera de reserva para tiempos de escasez. También aprovecharían su sangre como alimento, así como el tuétano de los huesos. Este último, al estar tan bien protegido por la capa dura del hueso, era muy apreciado. Pero además de nutrir a su grupo, con los cuernos y con los huesos del animal, adecuadamente tallados, se podrían obtener agujas y armas. Las agujas servirían para confeccionar ropa hecha con la piel del mismo antílope que el muchacho cazaría. Incluso alguna de las mujeres se coserían una especie de bolso para llevar las cosas en su nomadeo a través de la sabana, con sus correas respectivas para llevarlas colgadas. Un animal como aquel podría suponer una fuente de riqueza para toda su comunidad.

Cuando Nkosi consideró que estaba a la suficiente distancia, se levantó, apuntó con su arco al antílope y disparó la flecha. Ésta se clavó en el flanco del eland. En ese momento, el resto de la partida de caza se levantó, dejándose ver y formando un griterío ensordecedor, se dirigieron corriendo hacia el antílope. Éste había sentido una punzada en su flanco

izquierdo, y sin tiempo para revolverse por el dolor, vio un grupo de hombres vociferando y dirigiéndose hacia él. Salió huyendo. Inició una carrera rápida, intensa, en dirección contraria de dónde provenía el grupo de humanos. Eso era lo que querían los componentes de la partida de caza. Al correr, al movilizar todos sus músculos, al aumentar la fuerza y la frecuencia con que su corazón bombeaba sangre, el veneno se distribuía más rápidamente por el organismo del antílope, facilitando su agotamiento, y, al final, su muerte.

Su padre le dio un golpe en el hombro y le hizo una seña para seguir al grupo. Nkosi se había quedado quieto, viendo su puntería y la reacción del eland. Una sonrisa se dibujó en su cara y comenzó a correr para unirse al grupo. Estas persecuciones podían durar varios días. A veces era suficiente seguir el rastro de la sangre y en pocas horas se encontraba al animal agonizante. Otras veces había que seguir el rastro durante más tiempo, pues el animal lograba resistir días. En estos casos los sam usaban todo su repertorio de grandes rastreadores para encontrar a su víctima. Por último, en ocasiones la presa se encontraba siempre a la vista, pero era muy resistente y se hacía necesario correr detrás de ella durante varias horas, o incluso días. Lo peor era cuando la presa había sido encontrada por las fieras, ya fueran leones, leopardos o chacales. Entonces había que decidir si disputaban la presa, con gran riesgo para la vida de los sam que constituían la partida de caza; o la abandonaban a las fieras, con lo que todo el trabajo de los días anteriores no había servido para nada. Nkosi pensaba en todo ello mientras todo el grupo perseguía al gran antílope.

Sin embargo, en esta ocasión todo fue bien. El joven eland aguantó sólo unas pocas horas. El veneno se distribuyó tan bien y fue tan efectivo que al final de la jornada le encontraron muerto, a la sombra de un arbusto. El animal se había ido a refugiar en sus últimos momentos de vida dónde al menos un poco de sombra le permitiera morir sin sentir sobre él los punzantes rayos del sol, que caían ese día sobre la sabana.

La búsqueda, el acecho y la persecución del animal les había llevado lejos del lugar dónde estaba asentado su grupo. Y la noche se estaba echando encima. El sol, como un gran plato de loza roja, comenzaba a esconderse en el horizonte. Los cazadores se dispusieron a pasar la noche. Ya tomarían el camino de vuelta al amanecer del día siguiente. Ahora tocaba disfrutar de un merecido descanso tras una fructífera jornada de caza. La pieza abatida suministraría recursos suficientes para un gran número de días. Tenían asegurado el futuro próximo.

Ahora correspondía encender el fuego alrededor del cual dispondrían sus lechos, excavados en la tierra, dónde se entregarían a un sueño reparador. Al estar en su proceso de iniciación, a Nkosi le correspondió encender el fuego. Era una técnica que dominaba, que le fue enseñada bastante tiempo atrás por su abuelo. Disponía de dos varas de madera,

una más ancha, la otra más redondeada. Puso la ancha en el suelo, cogió un pequeño manojito de hierbas secas que acumuló en el centro de la tabla, y con la vara más redondeada, colocada sobre ese conjunto de hojarasca, comenzó a moverla con ambas manos con rapidez. Para ello, colocó las manos palma contra palma, la vara sujeta entre ellas, y las desplazó alternativamente hacia delante y hacia atrás, en un movimiento rítmico, rápido, potente. Poco a poco, debido a la fricción de las dos superficies, la temperatura fue aumentando hasta alcanzar el grado de combustión de la hojarasca. Comenzó a salir humo del grupo de hojas secas. Cuando Nkosi consideró que había llegado el momento, separó la vara redondeada, acercó su cara a la madera humeante y empezó a soplar. Primero suavemente, hasta que las chispas empezaron a dar paso a una pequeña llama; la intensidad de su soplido fue haciéndose mayor hasta conseguir una llama que acercó a la zona dónde se había acumulado el ramaje para realizar el fuego. Sin dejar de soplar, introdujo el puñado de hojarasca en el interior del montón de palos amontonados. Introdujo el fuego en el corazón del montículo de madera. Y poco a poco, primero tímidamente, después con fuerza, las llamas hicieron acto de aparición. Nkosi las miró extasiado. Le gustaba la sensación que recorría su cuerpo. La sensación de haber realizado un pequeño milagro.

La mañana siguiente comenzó al amanecer. Nkosi notó un vigoroso zarandeo que lo sacó del sueño. Era su padre, que le urgía a levantarse. Había que trocear el eland, y decidir los pedazos de carne que llevarían al grupo, y lo que dejarían en la sabana para que las hienas, chacales u otro tipo de carnívoros, dieran buena cuenta de ellos. También se precisaba llegar pronto al grupo. Esa noche sería la celebración de su exitosa iniciación. Había conseguido una presa importante y había pasado al mundo de los adultos. Ahora sería uno más del grupo. Sus opiniones serían tenidas en cuenta de igual a igual. Dejaría de ser el hijo de uno de los cazadores para convertirse en Nkosi, el cazador. Podría casarse, formar una familia, tener hijos a los que enseñar y transmitir toda la sabiduría que había adquirido de sus mayores.

Llegó la noche. Y llegó la celebración. El te-kúa, un instrumento hecho de púas de metal clavadas en un trozo de madera alas que se hacía vibrar, y el guashi, un instrumento de cuerda, se dejaban oír junto al sonido de las gargantas de los sam al dejar volar por el cielo del Kalahari los cánticos ancestrales de sus antepasados. Los sam consideran que la música y la danza tienen poderes curativos, son capaces de alejar los espíritus. Quizá la alegría contagiante de sus canciones es la que obra el milagro. El caso es que esa noche Nkosi disfrutó de su paso a la edad adulta. Bailó y cantó como uno más. Había alcanzado la madurez. Al día siguiente empezaba una nueva etapa para él, llena de retos, dificultades y experiencias. Pero esa noche tocaba disfrutar. Y así hizo.

## EL DESTINO DEL PUEBLO SAM

De los 100.000 sam que viven en el sur de África, alrededor de 60.000 se encuentran en Botswana. Dada la frecuencia de su aparición en distintos medios de comunicación, documentales y libros de referencia, cabría pensar que están protegidos y viven en consonancia con el entorno que les rodea. Nada más lejos de la realidad.

En el centro de Botswana existe la Reserva de Caza del Kalahari Central. Cuando se creó en 1961, pretendía ser un santuario para la fauna del desierto del Kalahari, y protegería el territorio de los sam que vivían en aquella zona, garantizando la continuidad de su cultura. Y todo fue así hasta los años 80 del pasado siglo. ¿Qué ocurrió?

La misma historia que nos podemos encontrar en muchos otros lugares. Aparece la codicia, en este caso en forma de diamantes. En los años ochenta se descubre la existencia de vetas diamantíferas en la zona de la Reserva. Y para explotarlas es necesario el uso de maquinaria pesada. Se produce el choque de intereses. La población sam vive de la misma tierra que ahora pretenden remover, perforar, destruir. Con la destrucción de la tierra, desaparece el hábitat de la zona que suponía la vida y la supervivencia, durante miles de años, del pueblo sam. Surge el conflicto.

El gobierno de Botswana envía a sus ministros a hablar con los sam. Se pretende que salgan de la zona. Es necesario, se les explica, para que puedan optar a un mejor desarrollo. No consiguen convencerlos.

Por fin, el gobierno se decide a desalojar a los "molestos" sam. Los desalojos se producen en tres ocasiones: 1997, 2002 y 2005. Se cierran escuelas, centros de salud y se destruye el suministro de agua. Se les conduce a reasentamientos, nuevas "reservas" en dónde vegetar. Surgen los estigmas de la civilización moderna: paro, alcoholismo, depresión, SIDA.

Ante la situación, un grupo de bosquimanos, un grupo de sam, reaccionan. Llevan ante los tribunales al gobierno de Botswana. Ocurre en 2002, las primeras vistas orales comenzarán en 2004. Como resultado, el 13 de diciembre de 2006 consiguen una victoria histórica: Los jueces dictaminan que la expulsión es ilegal e inconstitucional y que tienen derecho a vivir en la zona de la reserva.

A pesar de que el gobierno no apela la sentencia, trata de poner las máximas trabas al cumplimiento de la misma. Llega a establecer incluso la necesidad de una licencia para cazar en la Reserva, tanto para nativos como para foráneos. A los sam se les pide una licencia que deben renovar todos los meses. Sin embargo, los cazadores extranjeros, acompañados de divisas que aportan al país, son bienvenidos. Se llega incluso a negar el acceso a un pozo de agua a los sam que viven en el interior de la reserva,

lo que los lleva nuevamente a los tribunales.

Nuevamente la sentencia es a favor del pueblo sam. En enero del 2011 el Tribunal de Apelaciones de Botswana falla a su favor y condena el trato "degradante" del gobierno de Botswana a los bosquimanos. A pesar de ello, y oyendo al activista bosquimano Jumanda Gakelebhone: "mi gente aún está luchando por el derecho a seguir viviendo según su antiguo modo de vida".

Pero, por desgracia, la infravaloración del pueblo sam está arraigada en el resto de la sociedad. Según recoge en un artículo publicado en febrero de 2015 por Robyn Dixon: "si un chico hace algo malo se le dice: No te comportes como un bosquimano. Si va sucio, se le dice: Eres tan sucio como un bosquimano." Robyn recoge incluso la emisión de una noticia de radio en dónde se narraba que había ocurrido un accidente de tráfico en el cual habían muerto cuatro personas y un bosquimano. No se consideraba al sam como ser humano.

Es triste que quizá la salvación de los sam venga precisamente de la pérdida de la hegemonía mundial de Botswana en la producción diamantífera. Botswana produjo 3.600 millones de dólares en diamantes el 2014, siendo superada por Rusia con 3.700 millones. Las autoridades se dan cuenta que su prosperidad no puede basarse única y exclusivamente en la extracción de diamantes, que deben diversificar su economía, pues el nivel de vida que han tenido hasta ahora, debido en gran parte a la producción diamantífera, se está viendo mermado. De hecho, se prevé déficit presupuestario para 2016, cosa que no había ocurrido en el último lustro.

Esperemos que esto, junto con la presión de distintos organismos internacionales, permita al pueblo sam continuar con su vida, tal como ellos quieran, en la tierra de sus ancestros. Para concluir, podemos citar las palabras de Gakelebhone: "La manera de vida de los sam es suya. Si ellos la escogen así, ellos la han escogido."

## EL VALLE DEL OMO

Dejamos atrás al entrañable pueblo sam, para viajar a otra zona de nuestro planeta. No abandonamos África. Nos dirigimos hacia el norte, desde el árido desierto del Kalahari hasta un valle. Un valle que se encuentra en la confluencia de tres naciones, Etiopía, Kenia y Sudán del Sur. Pertenece geográficamente al suroeste de Etiopía; pero, sin embargo, es una zona habitada desde hace cientos de años por una serie de tribus cuyo contacto con el ser humano "civilizado" ha sido escaso. Sólo en las últimas décadas ha comenzado a mantener una relación con nuestra civilización y a partir de ahí han aparecido los problemas. Pero

comencemos por el principio.

Este valle al que me refiero está surcado por el río Omo, del cual recibe el nombre. Recorre de norte a sur la región suroeste de Etiopía, que era una de las más aisladas del país. Desemboca en el norte del lago Turkana, en la frontera con Kenia, y en su margen occidental, marcado por el río Kibish, se encuentra la frontera con Sudán del Sur.

El río Omo es un gran río que en Europa era conocido ya desde el siglo XVII, pero que, como todo lo relativo a estas regiones del África Oriental, no se sabía adonde llegaba, dónde desembocaba. Las teorías más populares señalaban al Océano Índico como destinatario de sus aguas; una segunda teoría era que el río Omo era un afluente del río Nilo; y una tercera que vertía sus aguas en el recién descubierto por aquellas fechas lago Rodolfo, que es el actual lago Turkana. Pues bien, tuvieron que pasar casi dos siglos y medio hasta que en 1896, la expedición dirigida por el explorador italiano Vittorio Bottego y patrocinada por la Sociedad Geográfica Italiana confirmara como auténtico fin y desembocadura del río Omo el lago Turkana, confirmando al mismo tiempo que este río era la gran fuente de la que se nutrían las aguas de dicho lago.

A partir de finales del siglo XIX, Menelik II, Negus de Etiopía -que ese es el título que ostentaba el monarca de Etiopía- integró la región del Omo a su reino. Sin embargo, la zona continuó aislada y ajena al devenir histórico y político de Etiopía. Cuando en los años setenta y ochenta del siglo XX los antropólogos se interesan por esta región y comienzan los estudios de los distintos grupos étnicos que la forman, se encuentran con una gran sorpresa. Existe tal diversidad de grupos étnicos-culturales que intentar sistematizarlos es algo así como resolver un intrincado rompecabezas de miles de piezas. El tamaño reducido de los grupos; la evolución independiente de los mismos; las relaciones entre ellos bien amistosas o bien conflictivas, los desplazamientos de los grupos, todo ello hace que los pueblos del río Omo constituyan uno de los grupos culturales más apasionantes en los que nos podamos sumergir.

## EL INTRINCADO PUZZLE ÉTNICO-CULTURAL DEL RÍO OMO

Decía en la entrega anterior que cuando los científicos, esos señores tan sesudos, que intentan desentrañar los distintos recovecos de los que se ha venido en llamar ciencia y que en realidad no es, ni más ni menos, que el saber del ser humano, el conocimiento que tiene el hombre sobre todo aquello que le rodea; pues bien, cuando los científicos, los antropólogos intentaron sistematizar los distintos pueblos que habitaban las dos orillas del río Omo, se encontraron con que la diversidad y peculiaridad de los mismos era tal, que sería necesaria una inmensa relación, y al mismo tiempo, mezcla, de características, para poder describir adecuadamente a todos estos pueblos. Y he de confesar que, cuando me enfrenté a estos

pueblos, como siguiente parada en nuestro viaje a través de los distintos grupos indígenas humanos que aún pueden reivindicar su cultura y sus costumbres ante un hombre "civilizado", también noté en mi interior una sensación de vértigo y de mareo. Y yo, humildemente, que sólo quería un acercamiento, más o menos somero, me vi en la tesitura de qué hacer.

La primera opción, la más rápida, hubiera sido saltármelos. En realidad, esto no pretende ser una obra sistemática de todos y cada uno de todos los pueblos indígenas que existen en este momento en la superficie terrestre. Mis fuentes y mis capacidades no pueden pretender tanto. Pero no sería honesto. La segunda sería omitir lo más complicado, pasar por encima y ir a lo sencillo, pero entonces corría el riesgo, y seguramente caería en el pecado del convencionalismo. Y no quería. Prefiero que mis relatos sean sosos a convencionales. Por último, como alternativa, sería el hablar todo aquello que sé sobre estos pueblos, lo cual me llevaría a varias introducciones y a que los relatos, que sé que es lo más jugoso de estas entregas, tardarían un poco más en llegar. Pero de esta forma, no traiciono el sentido de esta serie que quiere reflejar a estos pueblos, con sus tradiciones y sus características, y, al mismo tiempo, permite que el cuadro sobre el cual nuestros auténticos protagonistas, nuestros contadores de relatos, esté completo. Por eso me decidí por esto último.

Por todo ello, solicito que la paciencia e indulgencia del lector ante las próximas entradas. Los relatos llegarán lo antes posible. E incluso antes de lo que pueda parecer. Pero antes que nuestros auténticos protagonistas nos cuenten parte de sus vidas es preciso conocer algo más sobre estos pueblos del río Omo.

En primer lugar tenemos que decir que los distintos pueblos que habitan a orillas del Omo reciben distintas denominaciones, que incluso coinciden las de unos pueblos con otros. Normalmente son tres tipos de denominaciones o nombres:

- 1.- El nombre por el que se conocen a ellos mismos.
- 2.- El nombre que les dan otras tribus de la misma región.
- 3.- El nombre que les dan terceros: autoridades administrativas, estudiosos científicos, artículos de prensa, etc.

Nosotros procuraremos en todo momento usar el nombre que cada tribu se da a si mismo, tal como hicimos con los sam, para identificarlos.

Una vez aclarado el posible maremagnum que podríamos tener con los nombres, ahora hablaremos de su disposición social. Normalmente un individuo suele pertenecer a una familia. Varias familias, formando uno o varios linajes, se agrupan en un clan. Los clanes se organizan, a través de segmentos o subgrupos, en tribu. Y por último, varias tribus dan lugar a

un grupo étnico-cultural.

Las sociedades son patrilineales polígamas. ¿Qué quiere decir esto? Que, aunque tienen varias mujeres, la que se sigue es la línea paterna. Otra característica importante, tanto o más quizá que la poligamia o la sociedad patriarcal es el que las uniones conyugales están reguladas para asegurar la exogamia. En unas poblaciones con tan pocos individuos, asegurar que no se producen uniones endogámicas que puedan producir individuos débiles que lleven a la desaparición del grupo en el curso de unas cuantas generaciones es muy importante para la supervivencia del mismo. La regulación llega a tal formulismo que, según los grupos, puede ser en ambas direcciones o en una sola dirección, por ejemplo, siempre se casará una mujer tsamako con un hombre banna pero nunca una mujer banna con un hombre tsamako.

Hay dos grandes líneas lingüísticas:

--Nilo-saharianas: parte occidental del río Omo, relacionadas con pueblos del Sudán del Sur y Uganda.

--Afro-asiáticas: parte oriental del río Omo, divididas a su vez en Omóticas y Cushíticas.

La interrelación de estos dos grandes grupos lingüísticos se da más dentro de cada uno de ellos, dada la afinidad lingüística y cultural. Sin embargo, el medio hostil con escasas e irregulares lluvias y tierras poco generosas hace que hayan desarrollado una serie de mecanismos que garantizan su supervivencia. A estos mecanismos se añaden unos rasgos comunes a la propia identidad socio-cultural de cada uno de los pueblos. Uno de estos rasgos, uno de estos conceptos es el de los denominados "sistemas de edad".

## LOS SISTEMAS DE EDAD

Los sistemas de edad son, ni más ni menos, las formas en que se agrupan los distintos individuos de los pueblos del río Omo para relacionarse entre sí. Este sistema de "clasificación" que utilizan estos pueblos se basa en la edad del individuo, en la generación a la que pertenece el individuo, o bien en ambas cosas, teniendo en cuenta tanto la edad como la generación de la que forma parte. Por otro lado, ante una sociedad patrilineal, como veíamos en la entrada anterior, esta manera de organización también es machista. Sólo los hombres forman parte de este sistema de edad. Y sólo los hombres van escalando posiciones en el mismo, bien mediante el paso del tiempo, o bien mediante la celebración de ritos y ceremonias que marcan el paso de una etapa a otra de la vida del individuo y el avance del mismo en la escala social.

De esta forma podemos establecer tres grandes etapas en los sistemas de edad del río Omo: Niño, Joven, Adulto. En todas ellas existen una serie de obligaciones hacia la familia y hacia el grupo al que se pertenece. Y en todas ellas se disfruta de una serie de ventajas y de derechos.

Pero para complicar un poco más el panorama, hay dos tipos de sistemas de edad: los grupos de edad propiamente dichos, y los grupos generacionales. ¿Qué en qué se diferencian? Vamos a verlo seguidamente.

**Grupos de edad:** Son los más sencillos. Simplemente se accede a ellos por la edad biológica del individuo. Conforme se va cumpliendo años, se va pasando al siguiente grupo de edad.

**Grupos generacionales:** Son los más complejos, y los más importantes. Los más importantes porque tienen connotaciones políticas, sociales y religiosas; porque le permiten al individuo el avance social dentro del grupo; y porque son los que realmente van a marcar el prestigio y la importancia del individuo dentro del grupo. Se trata de los más complejos porque la formación de dicho grupo generacional o la entrada en dicho grupo precisa del cumplimiento de una serie de rituales que no sólo dependen del individuo. También dependen de la situación socio-económica de la familia del individuo, o del número de hermanos que tenga el mismo, etc. Por otro lado, el avance en el grupo generacional conlleva nuevas responsabilidades, pero al mismo tiempo implica un mayor prestigio e influencia social. De hecho, el grupo de ancianos depositario de los valores tradicionales es el grupo generacional de máxima responsabilidad política y económica dentro de un poblado.

De ahí la gran importancia de los sistemas de edad para los habitantes del río Omo.

Haré un breve apunte sobre sus creencias. Aunque hay grupos que reconocen la existencia de una deidad suprema, su religión tradicional es animista llena de símbolos y ritos unidos a todas las facetas de sus vidas, no solo la parte más o menos social sino incluso la económica. Y existen personas dentro de sus tribus, que no suelen pertenecer a ningún clan, a las que suelen reconocer estar dotadas de capacidad para mediar entre el mundo de los vivos y el mundo de los espíritus, lo que les permite el contacto con los antepasados.

La mayor parte de los pueblos que habitan las orillas del río Omo son pastores. Para ellos el ganado es el elemento central de su economía y juega un papel fundamental en la visión de su mundo.

LA CULTURA MATERIAL DE LOS PUEBLOS OMO

¿Qué entendemos por "cultura material"? Dentro de este concepto, de esta denominación, nos referimos a los distintos utensilios, pertenencias, posesiones que poseen los hombres y mujeres de un determinado pueblo. Un piso, un coche, un televisor, una moto, el ordenador desde el cual estoy escribiendo en estos momentos, formarían parte de la "cultura material" del hombre de nuestro "civilizado" primer mundo. Pero, para describir este aspecto de los habitantes del río Omo, prefiero que sea Maji, una niña oriunda de la zona, quien pueda contároslo con mayor frescura.

¡Hola! Mi nombre es Maji y vivo a las orillas de un río grande y largo, que desemboca en un gran lago. El río es tan grande, que los mayores tienen que cruzarlo de un lado a otro en sus canoas, porque es muy profundo y ancho, y nadando podrías cansarte y hundirte.

Mi pueblo es nómada, como la mayoría de nuestros vecinos. ¿Qué quiere decir nómada? Pues que con las cabras y ovejas que tenemos, van de unos pastos a otros para que puedan alimentarse nuestros rebaños. Por esos nos llaman pastores. Estamos continuamente desplazándonos por la zona, sin alejarnos mucho del río, pues son las tierras más fértiles, aunque nuestro ganado come de todo, sobre todo las cabras. Otros vecinos nuestros, que tienen cebúes, necesitan pastos más extensos y de mayor calidad. Nosotros, no tanto.

Como estamos continuamente de un lugar a otro, no tenemos muchas pertenencias. Serían un engorro. Preferimos que las cosas propias sean pocas y ligeras. Así su transporte es mucho más cómodo. De hecho, se puede decir que cargamos con lo fundamental para vivir, lo imprescindible para el día a día.

Si en algún sitio nos quedamos por varios días, entonces construimos unas chozas más fuertes. Si entras verás que seguimos siendo austeros. El interior es muy sencillo. Un fogón, que suele estar en el centro. Junto a él un recipiente de barro, que se lo solemos comprar a los Bashada, que son una de las pocas tribus de por aquí que trabajan la arcilla. Y calabazas de distintas formas y tamaños. También puedes encontrar cestos, que son muy ligeros, y pieles de cabra y de cebú. Las calabazas y los recipientes de barro, que también los hay de madera, sirven para almacenar la leche que se obtiene de las cabras y de los cebúes. Los solemos adornar con muchas líneas y trazos, hasta que quedan muy bien decorados.

Los hombres portan sus armas. Los mayores nos cuentan que antes eran lanzas, escudos, porras. Los llevaban siempre encima, para defendernos del ataque de otras tribus o bien de los animales salvajes. También para defender al ganado y evitar perder algún animal porque se lo comiera alguna fiera o lo robara algún clan vecino. Hoy los han sustituido unas ametralladoras que se llaman Kalashnikov.

Algo que llevan los hombres en sus andanzas y que me llama mucho la atención son los apoyanucas. Se trata de un utensilio de madera que, debido a su pequeño tamaño, su gran ligereza y su amplio uso, es una pieza inseparable de la indumentaria del hombre. Les sirve tanto para sentarse sobre él, en las reuniones, o cuando se ponen a charlar en un encuentro casual con algún conocido; como para apoyar la nuca y reposar o dormir. De esta última forma preservan los ornamentos y los valiosos peinados que muchas veces suelen hacerse para lucir delante de los demás miembros de su poblado o de poblados vecinos.

Entre las distintas tribus que vivimos en las orillas del río Omo, nos gusta mucho adornarnos. Coincidimos en muchos aspectos de nuestro vestuario, peinados, pendientes, collares, etc. Pero siempre unos pueblos destacan sobre otros en distintos aspectos de la forma de ponernos guapos. Así, el pueblo karo presume sobre todo de sus pinturas corporales; los dassanetch sobresalen por la perfección de sus peinados; los nyangatom tienen una peculiar maestría en piercings, escarificaciones y collares; los hamer saben muy bien como decorarse profusamente todo el cuerpo para llamar la atención; los mursi son los más conocidos más allá de nuestras tierras, por el plato labial que tienen sus mujeres, pero también conocen trucos para lucir el cabello. Total, que aunque todos sabemos de todo, cada uno es maestro en algún aspecto importante. Os voy a hablar de alguno de estos aspectos.

Las escarificaciones son unos cortes que se hacen, normalmente los hombres, en la piel. Se los hacen con cuchillas afiladas y se aplican en esos cortes una mezcla de hierbas para que dejen una cicatriz elevada y gruesa. Se suelen hacer en todos los grupos, aunque los especialistas en este arte sean los nyangatom. Suelen ser de motivos geométricos, con cortes pequeños, repetitivos, que recorren la parte del cuerpo elegida. Puede ser el hombro, el brazo, el vientre, el pecho o la espalda. Pueden ser de tipo ornamental, para lucir en ceremonias; otras se hacen para aliviar dolencias, como si se tratara de una medicina. Pero las más espectaculares, las que dan más prestigio social, las que se llevan con más orgullo son aquellas que se hacen los hombres que han demostrado su valor al matar a un enemigo o al cazar a un animal peligroso. Como podéis imaginar, las portan los guerreros de la tribu, y las exhiben, tal como he dicho antes, con gran orgullo en fiestas y ceremonias.

Hay algo que solíamos hacer antes con más frecuencia, y que ahora se hace menos. Es el corte de los dientes delanteros inferiores. Se hacía por belleza. Nos veíamos así más guapos. ¿Os cuento algo? Los primeros occidentales que vieron esta costumbre nuestra la tildaron de salvajada. Pero cuando se encontraron con que al coger una enfermedad grave, que

ellos llamaban "tétanos" y que para ellos era mortal, nosotros la superábamos, porque conseguíamos alimentar a los enfermos a través del orificio de esos dientes cortados, entonces empezaron a apreciar nuestro sentido de la belleza. Bueno, paso a los peinados.

Los peinados pueden señalar el estado social; bien la situación del que lleva el peinado dentro del grupo, o bien que el que lleva un peinado tiene cerca la celebración de una ceremonia o rito, sólo o de todo el grupo, y que se está preparando para ello. Pero también nos peinamos por coquetería, no os creáis. También nos peinamos para atraer al chico o chica que nos gusta. Sí, porque los peinados tanto son de hombre como de mujer.

Los de los hombres son más llamativos. Suelen rasurarse parte del cabello. Uno de los más comunes es el que deja cortos los cabellos de la parte central de la cabeza, los apelmazan y los tintan de color tierra o blanco. Pueden insertar cilindros de madera o hueso. Y en esos cilindros poner plumas de avestruz. Todo depende de la coquetería que quiera lucir el chico.

Las mujeres suelen preferir pequeñas trenzas, o cortado y apelmazado en pequeñas bolitas que se pueden untar de mantequilla y tintar de color tierra. También se pueden rasurar. Y a veces se realizan trenzados artísticos.

Tengo que decir que los materiales que usamos para todos nuestros adornos y para ponernos guapos suelen proceder del medio natural. La excepción suelen ser piezas metálicas o de vidrio, que las obtenemos de los distintos mercados. Uno de los materiales más apreciados son las conchas de caurí que provienen del Océano Índico y del Mar Rojo. Estos mercados nos ponen en contacto con pueblos que existen más allá del río Omo, y nos cuentan historias como las que yo os estoy contando ahora. Espero hayáis aprendido cosas conmigo, y améis un poco más a mi pueblo.

LOS SURMA Y EL PLATO LABIAL DE LAS MUJERES MURSI

Al principio de esta serie dedicada a los pueblos del río Omo, avisaba ya de la dificultad en poder describir de forma sencilla a cada uno de estos pueblos. Las características de los mismos, sus singularidades, se mezclaban entre ellos, y hacían que lo que pudiera ser en un primer momento sencillo, cuando se comienza a profundizar en el conocimiento sobre ellos, se complica de tal forma y manera que el humilde divulgador, que intenta mostrar en una pincelada la vida de sus congéneres de estas tierras bañadas por el río Omo, se ve inmerso en un mar de términos, nombres y localizaciones que se entrecruzan y que no le permiten alcanzar ese fin. Y eso es lo que me ha pasado cuando he comenzado a profundizar en el primer pueblo del que os quiero hablar: los Surma.

En primer lugar, hay que saber que los Surma es el término usado principalmente por las autoridades gubernamentales etíopes para referirse a los habitantes del sudoeste del país, que habitan la zona del Omo, y que pertenecen a las tribus Mursi, Suri y Me'en. ¿Bien? Pues más lío aún. Estas tribus poseen un lenguaje nilo-sahariano, y aunque una respecto a otra no lo quieran reconocer, tienen una base lingüística común a todas ellas del 80% aproximadamente. Por si fuera poco, el enfrentamiento no sólo es verbal, sino que llega a ser violento, con muertes entre las distintas tribus, y que se han acentuado con la llegada de las armas de fuego. Los suri son alrededor de 20.000 personas, los mursi unos 7.500, y los Me'en unos 150.000. Se encuentran situados entre el río Omo y el río Mago, teniendo como vecinos en el sur al grupo tribal de los Nyangatom, con los cuales tienen frecuentes enfrentamientos, también violentos, también con resultados mortales.

En un origen, estos grupos eran ganaderos nómadas, pero durante los años setenta del siglo pasado, tanto ellos como sus ganados sufrieron una epidemia de ántrax, la cual diezmo la población de sus reses. Este hecho hizo que tuvieran que comenzar a utilizar la agricultura como complemento para su sustento. Cultivan principalmente sorgo y maíz. También se dedican a la apicultura. Anteriormente, otra fuente de riqueza importante para ellos era la caza, y eran los proveedores de pieles para otros grupos. Sin embargo, desde la declaración del río Mago como Parque Nacional y reserva de fauna, esta actividad prácticamente ha desaparecido.

Su organización social se basa en los sistemas de edad que veíamos en capítulos pasados. Pero presentan una estructura descentralizada, no teniendo ningún tipo de jefe o rey. El grupo de mayor edad es el que ejerce el poder y el que toma las decisiones correspondientes para el clan.

Y llegamos a una de las características por la que son famosos los individuos de esta población. Mejor dicho, por la que son famosas sus

mujeres. Las mujeres mursi lucen el llamado plato labial. Aunque se da también en el resto de las tribus que componen el pueblo surma, son sobre todo las mujeres mursi quién los lucen con más frecuencia. Pero no sólo se colocan dicho adorno en el labio inferior, sino también puede estar en el lóbulo de la oreja.

Durante los ritos de iniciación se realiza a la niña, que inicia su viaje a la etapa adulta, una incisión en el labio inferior, en dónde se inserta un pequeño disco, que puede ser de madera o de cerámica. Conforme vaya adaptándose la piel del labio, se irá cambiando el disco por otro mayor y así hasta alcanzar tamaños inverosímiles de treinta o más centímetros de diámetro.

En un primer momento se creyó que estos platos labiales se habían desarrollado en el pueblo mursi para provocar de forma voluntaria la fealdad en las mujeres. De esta forma, evitaban que fueran robadas y esclavizadas durante las razzias que sufrían estos pueblos por parte de los árabes, que bajaban a estas zonas a nutrirse de esclavos para los mercados de Oriente Medio.

Sin embargo, los estudios realizados por los antropólogos reflejan que los platos labiales muestran el estatus social de la persona que los lleva y son, por tanto, un símbolo dentro de la tribu o del clan al que pertenece la mujer mursi que luce dicho adorno.

Como hemos dicho antes, pueden ser de madera o de barro, éstos últimos rojizos o negros, dependiendo de la arcilla que se use a la hora de hacerlos. Aunque lo más común es que sean circulares, también los hay trapezoidales. Nos podemos encontrar con platos labiales adornados con incisiones, y otros con la parte central hueca.

Los hombres también tienen su propia forma de adornarse, que tampoco es menos dolorosa, aunque sí hay que reconocer que es menos aparatosa.

Los hombres del grupo surma suelen exhibir sus cuerpos desnudos, o casi desnudos, mostrando su poderío físico ante los demás miembros del poblado o de poblados vecinos. Pero también gustan pintar dicha desnudez con colores blancos. Pinturas geométricas blancas que recorren todo su cuerpo. Cara, brazos, torso, piernas. A veces todo entero. De esta manera, se hacen destacar ante los demás.

Pero, sin embargo, estas pinturas se pierden con un baño en el río. Son señales, símbolos temporales del estado del individuo. Era necesario algo más permanente. El hombre mursi que había cazado a la fiera que amenazaba el rebaño de su poblado; aquel guerrero que se había distinguido por abatir más enemigos en la batalla contra una tribu vecina; el joven que había pasado la ceremonia de iniciación; todos ellos merecían

un símbolo permanente en su cuerpo que permitiera reconocerles de forma inmediata. Merecían tener una prueba visible de su valor, fuerza y agresividad. Esos símbolos fueron, y son, las escarificaciones. Escarificaciones de distintos tipos, que pueden recorrer todo el cuerpo, pero que se realizan sobre todo en cara, brazos y torso. Son las zonas más visibles, dónde pueden ser reconocidas por todo el que las vea.

## LA CEREMONIA DEL TAGINE

La ceremonia del Tagine, también llamada Sagine, se trata del enfrentamiento entre jóvenes solteros de distintos clanes. Se enfrentan con largos bastones de madera cuya parte final tiene forma de falo. Estos bastones reciben el nombre de donga, de ahí que en algunos sitios se comete el error de denominar a esta ceremonia con el nombre de estos bastones (donga). Los jóvenes protegen únicamente sus partes más íntimas con una tosca tela de algodón, prescindiendo algunos de ellos de la misma, yendo desnudos.

Todos los años, en la época en que la cosecha ya se ha recogido, que suele ser a partir del mes de noviembre, los distintos clanes o bien los distintos segmentos territoriales en que se dividen los pueblos surma se juntan para celebrar el Tagine. La asistencia de jóvenes de distintas localizaciones territoriales permite el mantenimiento de la identidad surma como pueblo.

La participación de los jóvenes en el Tagine supone un ascenso social en el mismo, y hace que se les considere preparados para el matrimonio. De hecho, sólo por la participación en el duelo, se le reconoce al joven tanto el valor como el que está listo para el matrimonio.

Aunque la lucha es cruenta, los golpes son reales, sin embargo, tiene un valor simbólico. Se debe eliminar al contrincante sin matarle. Ésto ensalza el prestigio del joven ante el grupo y ante las jóvenes solteras. Si se produjera la muerte del contrario, tanto el joven como su familia sufrirían represalias. Por ello, aunque la lucha suele ser muy violenta, al mismo tiempo trata de ser lo suficientemente controlada para evitar un final fatal de la misma. Como hemos explicado anteriormente, se trata de una ceremonia más que de un enfrentamiento. Se trata de demostrar la hombría, más que de ver quién es el mejor. Se trata, en suma, de que el joven mursi muestre que tiene el valor suficiente no sólo para atacar y vencer, sino para aguantar el dolor y la derrota. Y esto último, quizá, mucho más importante para la vida que va a comenzar.

## NYANGATOM, LOS PASTORES GUERREROS

Existe un pueblo que, siendo desplazado de una zona mucho más fértil, ha tenido que adaptarse a la franja de tierra que va desde la margen derecha del río Omo hasta la frontera con Sudán del Sur. Me refiero al pueblo

Nyangatom.

Este pueblo parece ser originario de la zona correspondiente al nordeste de la actual Uganda. Allí vivía junto con otro pueblo que actualmente se encuentra en Sudán del Sur, los Topossa. Y ambos fueron desplazados hacia el norte por la presión de una población procedente del sur, los Turkana, que los fueron empujando, hasta expulsarlos de las zonas que anteriormente habían constituido su hogar. Parece ser que debido a esa vida en común entre los pueblos Topossa y Nyangatom, la agresión entre ambos pueblos es tabú para ellos. No existe, o es mínimo, el conflicto entre ellos.

Hablando ya más específicamente de los Nyangatom hay que decir que pertenecen a la familia de lenguas nilo-saharianas, y que en ciertos tratados de antropología también se les conoce como pueblo Bume. Ocupan la parte occidental, la margen derecha, del Bajo Omo y la cuenca del río Kibish hasta alcanzar la frontera de Sudán del Sur, donde serían sustituidos por los Topossa.

Cuando los Nyangatom ocuparon estas zonas, se encontraron con dos ambientes climáticos distintos. Los márgenes del río Omo, a pesar de su humedad y vegetación, o quizá por ello mismo, eran peores para el ganado. ¿Por qué? Porque eran el "reino" de la mosca tsetsé. Perdieron la mayoría de su ganado y se tuvieron que adaptar a la agricultura y a la pesca. En cambio, los Nyangatom que fueron más hacia el oeste se encontraron con un clima más árido, y sin embargo, libre de la mosca que transmitía la enfermedad del sueño, y pudieron conservar su medio de vida: la ganadería. Ello los llevó a que se diferenciaron en dos grupos:

A) Occidental: Alrededor del río Kibish. Practican el pastoreo, con algo de agricultura.

B) Oriental: Márgenes del río Omo. Son sedentarios. Se dedican sobre todo al cultivo del sorgo y del maíz.

Entre ambos grupos existen mercados semanales que sirven para intercambios, no sólo de productos, sino que permiten la interconexión social entre ellos, siempre y cuando no exista algún conflicto que dificulte las relaciones entre los distintos clanes.

El crecimiento demográfico que presentaron a partir de los años 70 del pasado siglo, junto con la facilidad en la adquisición de armas de fuego, procedentes sobre todo de Sudán, hizo que los conflictos con sus vecinos, y enemigos tradicionales, los mursi, koro y dassanetch, fueran en aumento, provocando numerosas víctimas. Esta situación llevó a la inestabilidad de la zona y a la intervención gubernamental.

En cuando a los adornos, existen cuatro elementos destacados:

1.-Collares: Los llevan las mujeres. Su número, color y disposición no es aleatorio. Indican el rango social de la persona que los luce.

2.-Piercings: Los labiales los llevan tanto los hombres como las mujeres. Se trata de elementos puramente decorativos y pueden ser de madera, metal o marfil.

3.-Anillos y brazaletes: Ocasionalmente los llevan los hombres. Se usan como arma de defensa, pues son punzantes. Destaca una pulsera en forma de disco con los bordes afilados.

4.-Escarificaciones: El Nyangatom es el pueblo que más destaca por el número de escarificaciones. Son los hombres los que las lucen, y son debidas a los continuos conflictos que presentan con sus distintos vecinos. La realización de estas escarificaciones va incluida dentro de un gran ceremonial. Dicho ceremonial incluye el sacrificio de un animal, normalmente una cabra. Al final de la ceremonia es cuando se realizan dichas escarificaciones, que suelen realizarse en el hombro, pecho o espalda del guerrero. Este guerrero es el que ha demostrado su valor en la lucha, y el que las mostrará con orgullo como medallas de honor allí donde vaya.

## LA ORGANIZACIÓN DASSANETCH Y LA CEREMONIA DIMI

Seguimos en nuestro recorrido conociendo los distintos habitantes de la cuenca del río Omo en su camino por las tierras áridas del suroeste de Etiopía hasta su desembocadura en el lago Turkana, y nos toca visitar a un pueblo que se encuentra justamente en esa desembocadura. Se trata del pueblo Dassanetch. Este pueblo se encuentra ocupando ambas orillas del río Omo, en su último tramo hasta que vierte sus aguas en el lago Turkana; y también pueblan la orilla norte de este gran lago.

A este pueblo se le ha dado también el nombre de Geleb, con el que se le puede encontrar en algunos tratados y artículos. Respecto a su clasificación, tras muchas discusiones entre distintos eruditos se les ha incluido dentro del grupo de lenguas cushíta oriental, aunque este dato puede sufrir modificaciones en los próximos años. Estamos hablando de una población que ronda los 25.000 habitantes. Son ganaderos, nómadas, aunque suelen complementar esta actividad con cultivos estacionales en las márgenes del río Omo, aprovechando las crecidas estacionales que sufre éste y las inundaciones, que arrastran a las orillas gran cantidad de detritus que suponen un abono importante para la tierra, transformándola en una pequeña llanura aluvial fértil que los Dassanetch procuran aprovechar.

Su sistema social es complejo, y se basa, como ya vimos anteriormente en otros capítulos, en los sistemas de edad y sistemas generacionales. De hecho, la autoridad máxima recae sobre un grupo de treinta ancianos llamado "ara", que en su idioma significa "toros", lo que da idea de la importancia que dicho animal representa para su cultura y su forma de vida. Los peinados masculinos serían la forma de marcar el ascenso dentro del sistema de edad de los Dassanetch. Estos peinados tienen un amplio abanico de formas; desde el rasurado completo de los niños, que se denomina "nigen"; hasta los sofisticados peinados apelmazados con tierra de colores en la edad adulta, que se corresponderían al reconocimiento social de la persona que lo luce.

El conjunto del pueblo Dassanetch está dividido en 2 grupos. Cada uno de esos grupos se divide a su vez en 8 secciones. Cada sección tiene un territorio de su propiedad, que administra en régimen comunal, es decir, las tierras tanto de cultivo como de pastoreo son comunes a todos sus miembros, las pueden usar por igual y ninguno de ellos puede reclamar derecho sobre el uso de las mismas respecto a otro individuo de la misma sección. Únicamente existe posibilidad de reclamar derechos sobre los márgenes del río.

Para los Dassanetch existen dos ceremonias importantes en su vida. La ceremonia de la circuncisión y el Dimi. Y, curiosamente; en una sociedad patrilineal que todo se hereda por vía del varón; y patriarcal en que todo lo decide el varón porque es "el que manda"; en esta sociedad, digo, es necesario el nacimiento de una hija para que el hombre que va a realizar la ceremonia de la circuncisión o del Dimi esté autorizado a celebrarla.

En el caso de la circuncisión existe algo de manga ancha. Teóricamente, sólo podría ser circuncidado el varón que haya engendrado una hija. Sin embargo, en la práctica, la circuncisión se extiende a todos los integrantes del grupo de edad, tengan o no hijas propias. El Dimi, en cambio, es mucho más exigente.

La ceremonia del Dimi es crucial para el varón Dassanetch que la realiza. Desde que el hombre engendra una hija, ya puede realizarla, pero suele esperar unos años, porque tiene que reunir los recursos económicos que requiere la ceremonia. Al acabar el Dimi, el hombre Dassanetch ha conseguido el reconocimiento como persona mayor en el contexto social en el que se mueve, incluso de forma independiente de su situación dentro del sistema de edad o generacional al que pertenezca. De ahí su importancia para el varón Dassanetch.

Como podemos imaginar por todo lo relatado hasta ahora, el Dimi es la ceremonia más importante del pueblo Dassanetch. Se trata de una ceremonia anual, que reúne a todo los integrantes de una sección tribal del pueblo Dassanetch. Dura aproximadamente unas seis semanas, y durante todo ese tiempo se celebran comidas, danzas y distintos rituales.

El clímax de la reunión se alcanza cuando el líder de los "ara", el grupo de treinta ancianos que detentan la autoridad en la sección, llamado "ma arap" bendice a las chicas. Esta bendición conlleva el deseo de que sean fértiles, que, en el fondo, es la objetivo final del Dimi. En aras a la fertilidad de sus hijas es por lo que los varones Dassanetch organizan la ceremonia Dimi.

Y podemos acabar nuestra visita al pueblo Dassanetch hablando de una última ceremonia significativa para este pueblo: la elección del nombre del buey. Lo realiza el muchacho de la familia, pone nombre a un buey, dentro del ganado familiar y este hecho indica la independencia del muchacho respecto del padre. Es importante no sólo el poner el nombre, sino la elección del buey, que pasa a propiedad del muchacho. Y esa importancia viene dada porque a partir de ese momento, el color y la configuración del buey servirán para identificar al ganado de ese muchacho, según vaya haciendo y conformando su propio rebaño.

## LOS KARO. A LAS ORILLAS DEL RIO OMO

Volvemos a surcar el río Omo, en el suroeste de Etiopía y vamos a entrar en contacto con una nueva tribu, con un nuevo pueblo que vive en sus orillas. En este caso, es literal. Porque este pueblo vive literalmente en sus orillas. Se trata del pueblo Karo. Se asienta en la orilla izquierda del río Omo, a mitad de su trayecto, donde el río forma amplios meandros que dan lugar a orillas fértiles que permiten una agricultura y una ganadería mucho más pujante que en las zonas más alejadas a este y oeste de la corriente fluvial. Pero, me estoy adelantando. Por el momento, sepamos que el pueblo Omo corresponde al tronco de las lenguas omóticas, y está emparentado con el pueblo Hamer, al que ya veremos más adelante, y al pueblo Dassanetch, al que vimos anteriormente.

Se trata de una pequeña población, que no llega a superar los 1.000 individuos, con dos núcleos de población importantes: Dous y Korcho, y que se dedican principalmente a la agricultura. ¿Por qué? Dejemos que Molu, el anciano Karo nos lo cuente.

Molu estaba sentado a la entrada de la choza. La noche era cálida. La estación seca había empezado hacía poco. Pronto tocaría recoger la cosecha de sorgo que se había sembrado hacía ya dos meses. Los granos estaban llegando a su punto justo de maduración y con ello se podrían obtener muy buenos beneficios, no sólo alimenticios, sino también económicos. Parte de esa cosecha iría destinada a ser cambiada por cabras de tribus vecinas y así poder pagar la dote de su hijo. ¡Ah, su hijo! De pronto, el anciano karo bajó la mirada del cielo estrellado y miró frente a él. Vio a un grupo de niños jugando. Uno de ellos era su nieto. No le llegaba siquiera a la cintura. Pero era vivaracho. Le alegraba con su risa, su vocecita y su media lengua. Tardó en aprender su nombre: Molu. "Olu, Olu" decía. Pero al fin, lo consiguió. Y Molu, el anciano karo sonrió ese día,

orgulloso de esa segunda generación que había dado a la madre naturaleza.

De pronto, su nieto se acercó.

-Molu. -le dijo mientras se echaba a sus brazos.

-Dime, leoncillo. -era el apodo cariñoso que usaba Molu para dirigirse a su nieto.

-Cuéntame cómo surgió nuestro pueblo.

-Pero si ya te lo he contado miles de veces. -protestó el anciano.

-¡Anda! -suplicó el niño con ojos entornados- Quiero oírlo otra vez.

-¿Seguro que no te vas a aburrir? -preguntó el abuelo con una sonrisa pícara en la cara.

-¡Seguro! -gritó el niño, enderezando todo su cuerpo, poniendo su cara frente a la del anciano. Éste le miró orgulloso y le dijo:

-De acuerdo. Allá va.

Y mientras Molu se disponía a contar la historia del pueblo karo, su nieto se acurrucó en sus brazos y se dispuso a escuchar la historia del origen de su pueblo. Molu comenzó a hablar:

-Hace mucho, mucho tiempo, nuestro pueblo era pastor. Teníamos rebaños de cabras y de ovejas. Grandes rebaños.

-Y de vacas. -añadió el nieto. Molu sonrió.

-Sí, y de vacas. Además, como el resto de los pueblos que nos rodean, practicábamos lo que llamamos nomadeo. Íbamos de un sitio a otro buscando los pastos mejores para nuestro ganado. Y descubrimos una zona que era tan buena, tan buena en pastos que nos quedamos mucho tiempo.

-Las montañas, ¿verdad?

-Sí, las montañas. Fíjate si sería buena zona, que no sólo vivíamos nosotros allí, sino que también vivía el pueblo Hamer, nuestros vecinos, con los que nos llevamos tan bien. Pues estuvimos allí durante mucho tiempo compartiendo los pastos, como si fuéramos todos de una misma familia. De vez en cuando se nos perdía alguna que otra cabra, pero fíjate

qué curioso que a los dos o tres días volvían.

-Y no ibais a buscarlas, ¿a qué no?

-No, qué va. -se rió Molu- Siempre volvían. Y no hacíamos el menor caso. Hasta que el clima empezó a cambiar. Y empezó a ser más seco. La tierra empezó a no ser suficiente para todos y a uno de nosotros se le ocurrió seguir a las cabras. ¿Y sabes lo que descubrió?

-Sí. Pero cuéntalo tú, anda. -le suplicó a Molu su nieto.

-Que había un gran río a la falda de las montañas y que allí había pastos suficientes para todos, para los Hamer, para nosotros, para todos. Y nos pusimos en camino. Nosotros ocupamos la orilla izquierda de ese gran río, los Hamer se fueron un poco más allá. El caso es que nuestro pueblo estaba gozando de un auténtico paraíso hasta que llegó el desastre. Los animales empezaron a morir. Primero fueron unos pocos. Se quedaban como atontados, atolondrados. Luego medio dormidos. Por fin, morían. Y perdimos todo el ganado. Vimos que ahí no podíamos tener ganado. Trajimos más ganado y pasó igual. ¿Qué podíamos hacer?

-¿El qué? -preguntó el nieto con los ojos muy abiertos. Molu sonrió al verle tan sorprendido.

-¿Qué? Esta parte no te la sabes, ¿eh?

-No. -dijo contrariado el niño- es que no me acuerdo de todo. -y puso cara de enfurruñado.

-No te preocupes. Llegará el día en que te acuerdes de todo. Atiende.

-Nuestro ganado se moría. No podíamos tener más ganado. Las tierras de alrededor más sanas estaban ya ocupadas. No nos quedó otra que aprender a cultivar la tierra. Aprender a hacer que creciera el sorgo, el maíz, las alubias. Y de esa manera salimos adelante. Con el producto de estas tierras pronto salimos del atolladero. No sólo sirvió para que nos alimentáramos, sino que además lo podíamos intercambiar con nuestros vecinos por otras cosas como cabras, recipientes de barro, utensilios que necesitáramos y un montón de otras cosas. Y hasta hoy. ¿Qué te parece, mi leoncillo?

-¿Sabes? Me hubiera gustado ser de los que descubrieron el río.

-Y a mí, mi leoncillo. Y a mí. -Molu quedó mirando el firmamento.

Y así queda nuestro orgulloso abuelo Molu con su nieto entre los brazos, acurrucado, mirando el firmamento y soñando con el momento en que sus antepasados descubrieron las orillas del río Omo, ese río en el cual está

transcurriendo toda nuestra aventura.

Molu nos contaba que cuando bajaron los Karo con su ganado al río Omo, en busca de los pastos que allí crecían de forma tan abundante, comenzó a ocurrirles una tragedia. Ellos, que se habían trasladado para que sus ganados crecieran mejor y más fuertes, engordaran y fueran más succulentos tanto para el consumo propio como para la venta a los grupos étnicos vecinos, vieron como sus reses, morían presas de una enfermedad que las diezmo. Esta enfermedad es la nagana, producida por la mosca tse-tsé, que en el hombre provoca la enfermedad del sueño. La nagana es similar en características clínicas a la enfermedad del sueño, sólo que se da en animales. Y eso fue lo que hizo desaparecer la cabaña ganadera de los Karo, y lo que les obligó a hacerse agricultores y a aprender a cultivar el sorgo, el maíz y las judías.

Esta economía agrícola es completada con la apicultura, para acompañar todos los beneficios de la miel a una dieta que sería demasiado pobre si sólo se basara en los cultivos que obtienen de las tierras ribereñas del Omo. Porque la pesca era tabú hasta hace muy poco tiempo. Se vieron obligados por las últimas sequías, que llevaron a malas cosechas, a romper ese tabú. Aún así, la pesca solamente la pueden realizar los solteros jóvenes, y después de ella deben pasar por un rito de purificación. Con la caza ocurre algo similar, no llegaba a ser tabú, pero también estaba limitada por sus costumbres.

## LA RELACIÓN DE LOS KARO CON SUS VECINOS

Quiero hablarles ahora de la relación del grupo Karo, que recordemos no suman más de 1.000 individuos, con sus vecinos. Algo muy importante para un grupo humano si quiere sobrevivir, sobre todo al ser tan pequeño, es mantener buenas relaciones con sus vecinos. Y así les ocurre a los Karo con los otros dos pueblos vecinos suyos: los Hamer y los Dassanetch.

Los Hamer, de los cuales habla Molu en la historia que le cuenta a su nieto, con los que compartían tierras en las lejanas montañas, se encuentran situados al norte y al este del emplazamiento del pueblo Karo. Su relación con ellos se basa en lazos familiares y alianzas guerreras. También entre ellos el comercio y el intercambio de bienes es fluido. De ellos obtienen cabras y ovejas junto con los productos derivados de las mismas, a cambio de las cuales les entregan cantidades de maíz y sorgo.

Con los Dassanetch, que están situados al sur, la relación se puede calificar como mucho más estrecha. De hecho, los Karo los consideran como "los hermanos" que decidieron ir más hacia el sur, siguiendo el cauce del río Omo. Tanto es así que el conflicto entre ambos pueblos es "tabú", no existe. Muy difícilmente habrá ni tan siquiera un conato de

discusión entre miembros de ambas tribus.

Pero existen otros pueblos, otras tribus con las que los Karo no están tan cómodos. Más bien se llevan bastante mal. Se trata de los Mursi y los Nyangatom. Las relaciones entre estos dos últimos y los Karo son conflictivas en la mayoría de las ocasiones y en muchas ocasiones han llegado a enfrentamientos abiertos, que en los últimos tiempos han empeorado con la aparición en el escenario del valle del Omo de las armas de fuego. Uno de estos enfrentamientos ocurrió en 1993 y se debió a la disputa de unas tierras arables, fértiles, en el margen occidental del río Omo.

Como vemos, el enfrentamiento entre estos pueblos se debe a una de las necesidades básicas del ser humano: la alimentación. Y suele enfrentar a dos modos de ver la vida, el pastor nómada y el agricultor sedentario. Pero esto daría lugar a otro tipo de reflexiones. Nosotros nos quedaremos en la orilla del río Omo, acompañando a Molu y disfrutando de la noche en este rincón perdido, aunque ya no tanto, de África.

#### LA CELEBRACION DEL RITO "PILLA" DE MOLU

Queridos amigos, nuestro viaje no sólo se va a circunscribir a un espacio determinado, el suroeste de Etiopía, el valle del río Omo; no sólo nos vamos a introducir en la vida y costumbres de un pueblo que habita las orillas más fértiles de dicho río, el pueblo Karo; sino que, además, vamos a realizar un viaje en el tiempo. Vamos a acompañar a nuestro protagonista, el anciano Molu, al que conocíamos en capítulos pasados, en uno de los momentos más importantes en la vida de un varón karo: la ceremonia del "pilla". ¿Qué es el pilla? El pilla es la ceremonia de iniciación en el que el joven karo adquiere el estatus de miembro de pleno derecho en la sociedad karo. Pero dejemos que el relato protagonizado por Molu sea el que nos guíe.

Molu notó como la luz comenzaba a entrar entre el entramado de troncos que formaban la pared del "ono", de la choza que pertenecía a su padre. Poco a poco, conforme iba iluminándose la estancia circular, Molu iba intentando desperezarse, desembarazarse del poco sueño que aún le quedaba. Sonrió. ¡Sueño! Se había pasado la mitad de la noche en vela pensando en el acontecimiento de ese día. Le había dado tiempo a repasar muchas escenas de su vida. Los recuerdos le venían a saltos. Unos detrás de otros.

Uno de ellos, de los más tempranos en su vida, era cuando jugaba frente al ono, frente a la choza, en un cobertizo que tenía su padre, y que usaban en la estación seca para dormir. Allí revolvía los pocos utensilios que tenía su madre, le escondía cosas, le tiraba otras, se reía, y su madre

le reprendía. Pero su sonrisa siempre podía con ella. Y la reprimenda nunca pasaba de una voz más o menos alta y un amago de golpe, que no llegaba a materializarse. Otra de sus travesuras era jugar con las termitas, cuando sus padres y otra gente del poblado trataban de exterminarlas. Las termitas solían dañar los onos, sus chozas, por lo que había que renovar los troncos de las paredes dos veces por año. Al niño le gustaba observarlas, sobre todo a las termitas soldado. Sus amplias cabezas con las enormes tenazas le dejaban boquiabierto. Molu sonreía al recordar esos ratos.

Después le llegaron los recuerdos de más mayor, cuando ya era un niño preguntón. Así se lo decía su madre. Su padre en cambio, siempre le contestaba. Y siempre le llevaba consigo.

-Padre. Eso que tenemos al principio de la casa, ¿qué es? -y el padre contestaba.

-Eso Molu, se llama "mulda". Es un almacén de troncos en forma de Y donde colgamos distintas cosas. Rabos, orejas y hasta las pezuñas de los búfalos. Se hace de una manera distinta según cada familia. Sirve para distinguirnos unos a otros.

-Pero padre, hay también una a la entrada del poblado.

-Esa sirve para distinguirnos como clan. Hay muldas que son familiares y muldas que pertenecen al clan.-y Molu quedaba satisfecho de aprender algo nuevo.

Un día que Molu estaba paseando con su padre llegaron a un extremo del poblado. Allí había un terreno cuya entrada estaba señalada de forma especial y ante la cual el padre de Molu se paró.

-Padre, ¿por qué paramos?

-Porque no podemos pasar.

-¿Y por qué no? -Molu estaba en esa edad en que los niños se vuelven insistentes en sus cuestiones. Su padre se arrodilló frente a él y le dijo:

-Molu, ¿ves este sitio que hay aquí? -el niño miró fijamente el lugar.

-Sí, padre.

-Pues bien. Se trata de un espacio sagrado. Se llama "marmar", y solamente pueden entrar los adultos de nuestro pueblo que estén casados. Aquí se ofician las ceremonias más importantes.

-Entonces, ¿yo no puedo entrar? -preguntó Molu con un tono de decepción.

-No, Molu, hasta que no seas adulto y no estés casado, no.-la respuesta de su padre fue firme. El niño le miró a los ojos y le dijo:

-¿Y cómo se consigue eso? -su padre se rio a carcajadas.

-No te preocupes Molu. No te preocupes. Ya te llegará.

Molu, en el ono, ese amanecer ya sabía cómo se conseguía hacerse adulto. De hecho, se iba a hacer adulto a través de la ceremonia de ese día.

El joven Molu estaba preparado para ese día. Se había ejercitado durante mucho tiempo en los riscos, al lado del río, saltando de una a otra de las rocas, salvando las distancias que había entre ellas, de cresta en cresta de las piedras que remarcaban el borde del río Omo, el cual transcurría al lado de su poblado. También se había entrenado con los troncos caídos que se podían encontrar en los bordes del bosque ribereño, con sus ramas retorcidas.

Pero su padre siempre le había avisado que no era lo mismo saltar sobre algo inerte, algo quieto, que sobre un animal, sobre un ser vivo, que estaba en continuo movimiento, aunque estuviera sujeto por alguno de sus compañeros. Por ello Molu también ensayó con alguna de las cabras que tenía su padre. Los pobres animales, al sentir el peso del muchacho encima de su cuerpo, habían salido corriendo y balando espantadas, y Molu había terminado con sus huesos por los suelos con gran regocijo por parte del grupo de amigos. Cuando lo vio su padre, sacudió la cabeza y le volvió a decir:

-Hijo, cuando aprenderás. Una cabra no es un buey. Nunca se está lo suficientemente preparado. No te obsesiones.-y, sonriendo, le daba un pequeño pescozón en la cabeza.

En su interior, sin embargo, su padre se sentía orgulloso de la tenacidad y entrega del muchacho. Sabía que lo lograría. Por eso dispuso los medios para que la ceremonia se celebrara de forma pronta, sin escatimar en gastos. No pudo obtener prestados, como era lo habitual, los bueyes de los Hamer; no al menos para la fecha que quería realizar el rito de la pilla. Se decidió, por tanto, comprarlos a los Dassanetch, que era otra de las formas que tenían los Karo de obtener dichos bueyes para la ceremonia. Y el día había llegado.

Cuando Molu salió de la choza, del ono, se vio rodeado de las jóvenes del poblado que con sus cánticos y bailes le agasajaban. Es la manera que tienen en la tribu Karo de desear buena suerte al muchacho en la pilla.

Molu se sintió algo aturdido, con tanto ruido ensordecedor, pues al cántico había que sumarle el ruido de los collares, pulseras, brazaletes, de los que pueden colgar distintos tipos de campanillas, y toda clase de abalorios que provocan un ruido que hacía que el jolgorio atronara los oídos del joven Molu. A éste le vinieron a rescatar sus compañeros y entre enfrentamientos verbales, más fingidos que reales, se fueron dirigiendo al lugar dónde se iba a celebrar la pilla. Conforme Molu se acercaba al lugar, iba olvidando el ambiente que le rodeaba e iba notando como el temblor que le había nacido en el estómago se convertía en nudo y éste ascendía hacía la garganta.

De pronto los vio frente a él. Había cuatro bueyes. Eran cuatro cebúes, con sus gibas y sus cuernos característicos. Estaban preparados, juntos. Sólo quedaba alinearlos. Para ello era necesario que él se preparara, diera la señal de estar listo. Ya no oía todo el griterío de su alrededor. Se había congregado casi todo el poblado. El pilla era el principal acontecimiento del pueblo, y solía acudir toda la gente. Molu sólo tenía la mente puesta en su reto: saltar los cuatro bueyes.

Lentamente, se fueron colocando en fila. Costado junto a costado. Molu se deshizo de todo lo superfluo. Tenía hasta cuatro intentos, y conque lo consiguiera una vez era suficiente. Miró el lomo del primer animal. Levantó el brazo. Dio un paso atrás y comenzó la carrera. Saltó. Uno, dos...al tercer salto se le resbaló el pie entre el lomo del tercer y cuarto buey. Los compañeros le sujetaron. Había fallado. La algarabía aumentó. Miró a su padre. Éste le mantuvo la mirada, serena, con una leve sonrisa.

Volvió al punto de partida. Fijó su vista en los lomos de los animales. Arrancó la carrera, saltó. Uno, dos...y se escurrió. Esta vez en el segundo animal. La algarabía disminuyó, y un rumor de desencanto planeó por el lugar. Molu bajó la cabeza. Estaba avergonzado. Dio la vuelta. Casi no quería, pero volvió a mirar a su padre. Éste le miraba de forma serena, y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, manteniendo la sonrisa. Molu se le quedó mirando.

Llegó al punto de salida. Seguía mirando a su padre. De pronto, le comprendió, le devolvió el gesto de asentimiento, y se dispuso a saltar sobre los bueyes. Miró el lomo del primero y emprendió la marcha. Uno, dos, tres, cuatro. Un grito de cientos de voces llenó el cielo africano. Molu lo había conseguido. Todos le estaban abrazando. Todos le felicitaban. Ya había subido de estatus. Ya era un adulto. Un hombre. Molu miró a su padre. Éste se acercó a él. Y los dos se fundieron en un abrazo.

LA ESTÉTICA DEL PUEBLO KARO

Hemos visto cómo el joven Molu conseguía saltar los cuatro bueyes, tal como mandaba el ritual en el pueblo Karo, en su etnia, y de esta forma obtenía el rango, el estatus, de adulto, de persona madura. Y junto a él, todo el poblado lo celebraba. Pero dejemos por un momento disfrutando al joven con su recién conseguido nivel social y pasemos a hablar de algo que es inherente a este pueblo: su estética.

Los Karo se caracterizan por presentar una manera muy representativa de adornarse el cuerpo. Su pintura es ornamental y simbólica, y se realiza en los rostros y en los cuerpos, a veces cubriendo casi por completo toda la superficie de la piel, sin dejar ni un minúsculo poro de la misma libre de color. Nos podemos encontrar en ellos desde finos detalles muy elaborados, realizados con gran cuidado con los dedos, y que destacan por su belleza y armonía; hasta toscas pinturas, extendidas con las palmas de las manos, en las cuales más parece que les hayan dado brochazos de pintura para cubrir el cuerpo, sin ningún tipo de finalidad, que el que hayan intentado realizar algún tipo de dibujo ritual.

Cuando los dibujos son más delicados y finos, suelen cubrir la zona de la cara y el pecho, y se muestran de forma orgullosa al resto de los individuos de la aldea. Combinan varios colores: el blanco que lo obtienen del yeso de los terraplenes de la zona, el negro que lo sacan del carbón, y el amarillo ocre y el rojizo a partir de minerales que suelen encontrar en zonas cercanas a la orilla del río Omo. Sin embargo, el usado con más profusión, y por el que suelen ser más conocidos, es el blanco, con el que suelen ocupar la mayor parte de su piel.

## EL LADO OSCURO DE LOS KARO

Tras la ceremonia del pillá, una vez que el joven karo ha saltado sobre los cuatro bueyes y ha conseguido su estatus de adulto dentro de la gente de la aldea, este joven ya podrá casarse. La elegida puede ser alguien que haya sido escogida por los padres previamente, o bien alguien con quien ya ha mantenido relaciones sexuales o con quien mantiene una relación de convivencia de mayor o menor tiempo de duración. Pero para unirse en matrimonio, precisaba pasar la ceremonia del pillá.

La unión de ambos se da por hecha, no siendo la dote que tiene que entregar el novio a la familia de la novia un problema. En primer lugar porque es fija: 127 cabras, ni una más, ni una menos. En segundo lugar, porque no la tiene que entregar de golpe. Puede entregarla poco a poco, a lo largo del tiempo. A partir de ese momento, los dos jóvenes son bendecidos por ambas familias y sus descendientes son aceptados como parte de las familias y del poblado.

Pero, ¿por qué, Jesús, nos hablas del lado oscuro de los karo? Hasta ahora, y desde que se pasa el pilla, sólo hemos visto cosas positivas. Se les allana el camino a los jóvenes, a la feliz pareja que, por fin, se pueden unir sin problemas. ¿Por qué nos titulas la entrada de hoy "El lado oscuro"?

Porque, queridos amigos de "La cultura de los pueblos", cualquier acercamiento a estos pueblos quedaría cojo si no me refiriera también a una de las costumbres que a nosotros, como occidentales y desde una cultura "humanística", nos puede resultar repulsiva.

Los karo, queridos amigos, practican el amor libre. Cualquier individuo, llegada la madurez sexual, puede tener encuentros sexuales con otro miembro del poblado. No importa y no va a influir para nada en su futura unión con un hipotético marido o una hipotética esposa. Pero, si de esas relaciones surge un descendiente, éste es declarado "mingi", maldito. Al ser maldito, es preciso deshacerse de él. Y, por tanto, el recién nacido es abandonado en la naturaleza para que el frío, el hambre, o los animales salvajes le conduzcan a la muerte. Si no se hace así, no sólo la familia, sino el poblado entero se llenará de mala suerte y de desgracias. Por tanto, los karo practicaban, parecer ser que hasta 2012, el infanticidio ritual. Pero no solamente son mingi, malditos, los niños nacidos fuera del matrimonio. Los que presentan alguna deformidad, los que presentan problemas en su desarrollo también son declarados mingi, y deben ser abandonados en la naturaleza.

## LOS HAMER, EL ENTRAÑABLE PUEBLO MEDIO

En este capítulo hablaremos de un pueblo al que vengo a denominar, con permiso de todos aquellos seguidores de Tolkien, "pueblo medio". No lo hago por su baja estatura, o por su distribución de vello corporal, o por una supuesta morfología puntiaguda de sus orejas, tal como describía el escritor británico a los pobladores de la tierra Media. No, no es ese el caso. Me refiero a ellos como el pueblo medio, por encontrarse justo "en el medio" de la encrucijada de pueblos que habitan los márgenes del río Omo. ¿Qué no me creéis? Juzgad por vosotros mismos:

Posición de la etnia Hamer y de sus dos pueblos importantes, Dimeka y Turmi, dentro del valle del Omo

Los Hamer tienen al norte como vecinos a los Banna y a los Bashada. Al sur se encuentran los Dassanetch, de los cuales nos ocupábamos en capítulos pasados. Si nos dirigimos al oeste desde donde ellos viven, nos encontraremos con el pueblo Karo, al que acabamos de seguir en los

últimos apartados, y a los nyangatom. Y por último, si nos dirigimos al este, y salimos de los límites de lo que hemos dado en llamar riberas del río Omo, nos encontraremos con los grupos étnicos Arbere y Tsamako. Como podéis apreciar, nuestros amigos Hamer están rodeados por todos los lados por distintos pueblos, con distintas costumbres y tradiciones; o quizá no tanto, aunque eso lo dejaremos para más adelante.

Se suelen relacionar con todos ellos, aunque estas relaciones difieren de unas tribus respecto a otras. La tribu de los Banna es con la que comparten una mayor afinidad, pues tanto su cultura como su lengua son similares. Ambas lenguas corresponden al tronco de las lenguas omóticas que veíamos más arriba. Los Hamer son aproximadamente unas 15.000 personas y suelen encontrarse repartidos alrededor de los pueblos de Dimeka y Turmi, en dónde se encuentran los mercados principales, en los cuales intercambian sus productos con las otras etnias de la zona, obteniendo utensilios como, por ejemplo, vasijas de barro de gran calidad, en este caso del pueblo de los Bashada.

Los mercados son puntos de encuentro con las otras tribus. En ellos se da el intercambio de distintos productos propios de la zona como lo son frutos, miel, mantequilla, sorgo o café. También podemos encontrar otro tipo de enseres que han ido apareciendo procedentes de la civilización exterior como telas, mantas, o utensilios de plástico que han entrado poco a poco a formar parte del día a día de este pueblo.

El mercado de ganado se encuentra en la misma población, pero apartado en otro lugar distinto, para no mezclar las dos clases diferentes de productos. En este caso, lo que se intercambia son cabras, ovejas y en algunas ocasiones algún bovino.

Estos mercados suelen ser sencillos. Normalmente permiten dar salida al excedente familiar y de esa forma cubrir otras carencias paliando las necesidades de las mismas. Las transacciones que se realizan en estos intercambios suelen ser de poca cuantía. Sobre todo, la mañana de mercado sirve para, por un lado la supervivencia semanal; pero por otro, y quizá más importante, para la creación y mantenimiento de lazos sociales y de amistad entre distintas familias, grupos familiares e incluso clanes de distintas tribus.

Normalmente, en estos mercados nos encontraremos a las vendedoras luciendo los vestidos y adornos más elaborados de la zona.

## EL VESTIDO DEL PUEBLO HAMER

Nos hallamos en medio del pueblo Hamer, en uno de sus variopintos mercados, y una de las cosas que más nos llama la atención son los vestidos de las vendedoras. Sin más nos introducimos, como si fuéramos vulgares "paparazzis", en el mundo de la "moda" Hamer. Porque los

vestidos y los adornos de las mujeres Hamer son de los más elaborados de toda la zona del río Omo. Las faldas suelen ser de piel de cabra adornados con perlas de vidrio, presentando en su parte delantera un reborde de aros o piezas metálicas, y con una pieza en forma triangular, con el pico hacia arriba. Además pueden presentar cintas recubiertas de conchas de caurí.

Las muchachas jóvenes, aún no casadas, lucen las llamadas "bala". Este adorno se trata de una cinta en la cabeza que soporta una fina placa metálica ovalada que sobresale ligeramente, y que se encuentra inclinada sobre su frente.

Las mujeres casadas suelen lucir una tercera gargantilla en el cuello de cuero, con unas abrazaderas metálicas, de las que surge una protuberancia en la parte delantera y que denota su estado civil.

Ya sean casadas o solteras, todas ellas pueden lucir collares de semillas y perlas de vidrio, con los que también pueden realizar adornos en forma de pendientes para colgarlos en los lóbulos de las orejas. Los aros metálicos en brazos y piernas son otro de los adornos de los que gustan las mujeres Hamer. De hecho, el número y belleza de los mismos puede llegar a indicar la importancia de la mujer dentro del grupo social. Los cabellos se los untan con grasa junto a un colorante ocre rojizo. Y aquí volvemos a encontrar diferencias entre las mujeres solteras y las casadas. Las solteras suelen apelmazar el pelo en borlas, mientras las casadas suelen trenzarlo en multitud de cordones que por delante cubren la frente y por detrás y los lados llegan hasta tocar los hombros y la espalda.

En los hombres, la decoración es más sencilla. Las escarificaciones son menores, las vestimentas son más simples, sólo los peinados son algo más complicados, pues son los que sirven para diferenciar el estatus de cada uno según el sistema de edad que rige entre los Hamer.

Como podemos ver, el pueblo Hamer, sobre todo la mujer, sabe disfrutar del concepto de "moda". ¿Y el resto de su vida?

## EL UKULI BULA

Uno de los rituales más dramáticos, más duros, y más sacrificados que una mujer realiza en la tribu Hamer por alguien de su familia, concretamente por su hermano, sería entendido en nuestra sociedad como maltrato. Hablamos de la flagelación ritual que tiene lugar como primera parte, o paso previo al Ukuli-Bula o ceremonia del salto del ganado en la que el joven Hamer se convierte en individuo adulto con plenos derechos dentro de la tribu, como son los de casarse y formar una

familia. Pero vayamos por partes.

El rito del Ukuli-Bula es muy parecido al rito Pilla del pueblo Karo; pero algo más complejo. Cuando tratamos al pueblo Karo, fue a través del recuerdo del anciano Molu la manera que tuvimos para adentrarnos en los entresijos de dicho rito. En esta ocasión, sin embargo, quisiera que más que una narración, fuera una descripción la que nos permitiera vivir todo este rito. Por tanto, quedará en tercera persona. Si logro o no la intensidad que me he propuesto, seréis vosotros; serán ustedes, quienes decidirán si lo conseguido o no.

Para empezar, tal como señalé anteriormente el Ukuli-Bula permite el paso del joven Hamer al estatus de adulto, lo cual le va a abrir las puertas al matrimonio y a formar una familia. Más que al matrimonio en sí, habría que hablar de pactos matrimoniales, entre las familias del que adquiere el estatus de adulto y de la joven casadera.

El joven aspirante recibe distintos nombres. Hasta que realiza la ceremonia del salto del toro, se le llama Ukuli. Una vez que ha conseguido pasar la prueba, se le llama Cherkali. Y transcurridos ocho días, adquiere la categoría de Maz, que es el estatus al cual aspira.

Para realizar la ceremonia del Ukuli-Bula se buscan lugares amplios, planos, despejados de arbustos, en pleno campo. Al tener que manejar reses de ganado vacuno y realizar varias ceremonias, es necesario que el sitio cumpla estas características de amplitud y limpieza de vegetación. Allí van a acudir la familia, los distintos parientes y los allegados del ukuli, junto a un número variable de maz del poblado, de los adultos que ya han pasado la prueba y cuya aportación a la ceremonia va a ser muy importante, como comprobaremos más adelante.

Estos maz se adornan con plumas, collares, brazaletes, en suma, con sus mejores prendas. Y portan en sus manos unas ramas largas, delgadas y flexibles. Ramas largas, delgadas y flexibles que se usarán a modo de látigos.

Las mujeres de la familia del ukuli, excepto la madre, van ataviadas profusamente con adornos y se encuentran embadurnadas de grasa, tanto el cabello como la totalidad de su cuerpo. Esta grasa será de suma importancia para lo que va a venir a continuación.

## LA FLAGELACIÓN RITUAL

Una vez que todo el personal que va a participar en el Ukuli-Bula está preparado, comienza la ceremonia, pero no serán los hombres los que "abran el fuego", digámoslo así. Van a ser las mujeres, las parientes del ukuli, quien formando grandes corros, danzando y cantando en sentido circular, con trompetas y con pitos se van a ir acercando hacia donde se

encuentran los maz.

Los maz, por su parte, están sentados a la sombra de los pocos árboles que hay en la zona. Se encuentran como cohibidos, como remisos, ante la llegada del grupo de mujeres que danzan y cantan ante ellos, cada vez con más fuerza, cada vez con más intensidad.

En un momento dado, una de ellas, la más de las veces una hermana del ukuli, se coloca delante de los maz, y comienza a hablar ensalzando al ukuli. La muchacha declara el cariño que le profesa, y que como muestra de ese cariño, desea que uno de los maz la marque con su látigo. En un primer momento, hay un rechazo, luego una reticencia; pero al final, ante la insistencia de la muchacha, el maz accede, elige el mejor látigo, el que tenga menos nudos, el que sea más liso. ¿Para qué? Para causar a la muchacha el mínimo dolor y para que la marca quede más limpia.

Una vez decidido el lance, el maz se levanta, la muchacha lo sigue unos pasos, se coloca frente a él, levanta la mano derecha manteniéndola en alto en todo momento, mientras que con la izquierda hace sonar bien una trompeta o bien un pito. El maz lanza su látigo, que recorre la espalda de la muchacha. Ésta intenta no quejarse, intenta mostrar todo su valor. La grasa con que se ha untado, permite que el látigo resbale y hace que el dolor se atenúe, pero aun así las marcas son profundas, las cicatrices recorren de un lado a otro la espalda de la muchacha y prueban la entereza, el valor y el amor de la muchacha por su hermano.

Esta ceremonia puede repetirse varias veces, según las hermanas que tenga el ukuli, y según el valor de las muchachas, las cuales intentarán en todo momento demostrar lo dignas que son como mujer Hamer. Porque las cicatrices serán las marcas que también permitirán a la muchacha Hamer distinguirse como buen partido para contraer matrimonio. Permitirá a la joven Hamer demostrar su valor y su dignidad ante aquellos que la pretendan como pareja y como madre de la siguiente generación del pueblo Hamer.

Una vez acabada esta ceremonia, los maz degustan café mientras se pintan, preparándose para el "salto sobre el ganado" que esta vez tiene que hacer el ukuli.